

JOSEPH HENRY ROSNY

El increíble viaje  
de Hareton Ironcastle



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

**Colección Ciencia-ficción**

EL INCREÍBLE VIAJE DE HARETON IRONCASTLE

*J. H. Rosny*

1.ª edición: septiembre de 2022

Título original: *L'Étonnant Voyage de Hareton Ironcastle*

Traducción: *Paco Arellano*

Corrección: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.  
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.  
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida  
08191 Rubí - Barcelona - España  
Tel. 93 309 85 25

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-849-7  
Depósito Legal: B-2.981-2022

*Printed in India*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Prólogo.....	7
<b>Primera parte</b> .....	15
I. La noche inexorable.....	17
II. Los Hombres Achaparrados .....	25
III. El abrevadero .....	35
IV. La pitón y el facoquero .....	49
V. La caverna de los leones .....	59
VI. La persecución latente.....	69
VII. Muriel en la noche.....	81
<b>Segunda parte</b> .....	87
I. Los hombres aéreos.....	89
II. El amanecer belicoso.....	95
III. Achaparrados y Goura-Zannkas.....	107
IV. La batalla del lago .....	115
V. En la tierra profunda.....	123
VI. El agua subterránea.....	129
VII. La muerte y la vida .....	147
<b>Tercera parte</b> .....	151
I. El reino de las plantas .....	153
II. El agua creadora.....	161
III. La vida o la muerte .....	171

IV. Cerca de la orilla del río.....	177
V. La joven y la noche azul.....	181
VI. Los Hombres Escamosos.....	189
VII. Muriel en lo desconocido.....	197
Epílogo. La leyenda vegetal.....	211

## Prólogo

Rebecca Storm esperaba la llegada de los Espíritus. Sujetaba con suavidad un portaminas de oro, con la punta apoyada en un cuaderno de papel satinado. Los Espíritus no acudían.

—Soy una mala médium —suspiró. Rebecca Storm tenía el rostro bíblico del dromedario y su pelo casi arenoso. Sus ojos eran vistosos, pero su boca, armada con dientes de hiena capaces de hincarse en los huesos hasta la médula, suponía un auténtico contrapunto.

—Entonces, ¿soy indigna? ¿Desmerezco ante el Más Allá?

Aquel temor la dejó desolada, y luego, cuando escuchó que sonaba la hora, se fue al comedor.

Un hombre alto, el símbolo perfecto del tipo inventado por Gobineau, se encontraba ante la chimenea. Hareton Ironcastle, con el rostro imponente, el cabello con el color de la avena, ojos glaucos de pirata escandinavo, mantenía a sus cuarenta y tres años la piel de una virgen rubia.

—Hareton —preguntó Rebecca aclarándose la voz—..., ¿qué quiere decir *epifenómeno*? Debe ser alguna blasfemia.

—Por lo menos una blasfemia filosófica, tía Becky.

—¿Y eso qué significa? —preguntó una jovencita que acababa de comerse un pomelo, mientras el camarero servía huevos y tocino fritos con jamón de Virginia.

Las altas muchachas de piel clara que antaño inspiraron a los escultores las imágenes de las diosas debían ser parecidas a ella. Hareton concentró su mirada en una cabellera con tintes de ámbar, de miel y de trigo.

—Eso significa, Muriel, que si tu consciencia no existiera..., te dispondrías a comerte ese jamón sin hacerte más preguntas. Sólo ignorarías que te lo estás comiendo y ni siquiera serías capaz de preguntarme nada. Dicho con otras palabras, la consciencia epifenoménica existe, pero todo ocurre como si no existiera...

—¿No habrán sido los filósofos los que han inventado semejante absurdo? —exclamó la tía Rebecca.

—Sí, tía..., fueron los filósofos.

—Habría que encerrarlos en un manicomio.

El camarero le trajo a la tía huevos y tocino ahumado y, para Hareton, a quien no le gustaban los huevos, unas tostadas y dos salchichas pequeñas. La tetera, los panecillos calientes y tiernos, la mantequilla fresca, los frascos de mermelada, formaban islotes sobre el brillante mantel.

Los tres comensales desayunaron religiosamente. Hareton estaba terminando una tercera tostada con mermelada de grosellas cuando el camarero les llevó la correspondencia. Había algunas cartas, un telegrama, periódicos. La tía cogió dos cartas y una gaceta titulada *The Church*; Hareton se hizo con el *New York Times*, el *Baltimore Mail*, el *Washington Post* y el *New York Herald*.

Lo primero que hizo Hareton fue abrir el telegrama y, con una media sonrisa cuyo significado resultaba incomprensible, dijo:

—Vamos a ver al sobrino y a la sobrina de Francia.

—Lo haré aterrada —comentó la tía.

—¡Monique es fascinante! —declaró Muriel.

—Como el nigromante que asume el aspecto de una joven —replicó Rebecca—. No puedo verla sin sentir un placer perverso... es una tentación...

—Tía, hay algo cierto en lo que dices —asintió Ironcastle—. Si crees que el espíritu de Monique contiene corcho, una buena plomada de lealtad y honor podría enderezarla.

De un sobre con un sello de Gondokoro, Hareton extrajo un segundo sobre, como enmohecido y lleno de manchas, donde todavía podían verse patas y alas de insectos aplastados:

—Esto —dijo con algo que parecía piedad— nos llega de nuestro amigo Samuel. ¡Puedo oler el desierto, el bosque y el pantano!

Abrió el paquete con mucho cuidado; sus facciones mostraban confusión. La lectura fue larga. De manera intermitente, Hareton exhalaba con fuerza, casi como si silbara.

—¡Aquí hay una aventura que sobrepasa con mucho lo que hubiera creído posible en este infame planeta!

—¡Infame...! —replicó la tía—. ¡La obra de Dios!

—¿No está escrito que «Dios vio que era grande la maldad de los hombres y se arrepintió de haberlos creado»?

Rebecca, enarcando una ceja, bebió su té negro, y Muriel, dominada por la curiosidad, preguntó:

—¿Qué aventura, padre?

—¡Seréis como dioses y conoceréis el bien y el mal! —masculó astutamente Ironcastle—. Sé, Muriel, que mantendrás el secreto si de antemano te pido tu palabra. ¿Me la das?

—Ante Nuestro Señor —dijo Muriel.

—¿Y tú, tía?

—No invocaré Su Nombre en vano. Diré: sí.

—Tu palabra vale como todas las perlas del océano.

Hareton estaba más alterado de lo que dejaba ver su rostro, siempre dispuesto a refrenar sus emociones:

—Sabéis que Samuel Darnley partió en busca de plantas desconocidas con la esperanza de completar su teoría sobre las transformaciones circulares. Tras haber cruzado por lugares terribles, alcanzó una tierra inexplorada, no solamente por los europeos, sino por todos los hombres vivientes. Su carta me ha sido enviada desde allí.

—¿Quién la ha traído? —preguntó muy seria Rebecca.

—Un negro que, al menos eso parece, alcanzó un puesto británico. Por caminos que desconozco, la carta llegó a Gondokoro, donde creyeron conveniente, vista su decrepitud, meterla en un sobre nuevo.

Hareton se concentró en sí mismo, y sus ojos parecieron huecos y vacíos:

—Pero —insistió Muriel—, ¿qué es lo que vio el señor Darnley?

—¡Ah, sí! —se sobresaltó Ironcastle—. La tierra a la que llegó difiere de todas las tierras del mundo de un modo fantástico, por sus plantas y por sus animales.

—¿Más que Australia?

—Mucho más. Australia no es, después de todo, más que un vestigio de las edades pasadas. El país donde ha llegado Samuel está tan avanzado como Europa o Asia, y quizá más, en términos de evolución general... Pero ha tomado otras vías. Se puede suponer que, hace muchos siglos, quizá milenios, una serie de cataclismos encogieron aquellas fértiles regiones. Éstas no son mayores actualmente que la tercera parte de Irlanda. Están pobladas por mamíferos y reptiles de formas fantásticas. Los reptiles ¡tienen *sangre caliente*! Al fin existe un animal superior, comparable al hombre en cuanto a su inteligencia, pero en nada en lo que se refiere a su estructura ni a la *forma* de su idioma. Los vegetales son aún más extraños, con una complicación inverosímil y tienen en jaque a los hombres.

—¡Eso huele a brujería de lejos! —masculló la tía.



Muriel preguntó:

—¿Cómo es que las plantas pueden tener en jaque a los hombres? ¿Pretende el señor Darnley que son *inteligentes*?

—No lo dice. Se limita a escribir que tienen facultades misteriosas que no se parecen a ninguna de nuestras facultades cerebrales. Lo que es seguro es que, de un modo o de otro, saben defenderse y conquistar.

—¿Acaso se mueven?

—No. No se desplazan, pero son capaces de efectuar movimientos subterráneos, repentinos y temporales, que constituyen sus métodos de ataque y de defensa.

La tía parecía exasperada, Muriel anonadada y Hareton dominado por esa excitación interior propia de los yanquis.

—O bien ese Samuel se ha vuelto loco —exclamó la tía—, o bien ha caído en los dominios de Behemoth.<sup>1</sup>

—Lo veré con mis propios ojos —respondió Ironcastle mecánicamente.

—¡Ay, Dios...! —protestó la tía— ¡No me irás a decir que vas a ir a reunirte con esa lunática criatura!

—Lo haré, tía Becky, o al menos intentaré hacerlo. Me espera: no duda en cuanto a mi determinación.

—¡No abandonarás a tu hija!

—Quiero acompañar a mi padre —afirmó Muriel con tranquilidad.

Había miedo en la mirada de Ironcastle:

—¿Al desierto?

—Si fuera tu hijo, no pondrías ningún obstáculo. ¿No estoy tan preparada como un hombre? ¿No te he seguido ya a Arizona, a las Montañas Rocosas y a Alaska? Resisto la fatiga tan bien como tú mismo, igual que las privaciones y el clima.

---

1. La tía adopta, evidentemente, la opinión de los padres de la Iglesia que hacen de Behemoth un emblema de Satanás.

—Pero eres una jovencita, Muriel.

—Ésa es una razón del pasado. Sé que harás ese viaje y que nada podrá detenerte... También sé que no quiero pasarme dos años sufriendo y esperando. Iré contigo.

—¡Muriel! —suspiró el padre, emocionado e indignado.

El criado volvió a aparecer con un su brillante bandeja; Hareton tomó de ella una tarjeta de vista:

*Philippe de Maranges*

Y habían añadido a lápiz: «Y Monique».

—Vamos— dijo Hareton casi alegremente.

En el salón se encontraban un chico y una chica. En la región de las Cevenas hay hombres como Philippe de Maranges, con rostros en los que cada rasgo indica un ardor secreto, con los ojos del color de las rocas. La estatura del visitante era casi como la de Ironcastle. Pero fue Monique la que capturó las miradas. Como las jóvenes hechiceras que aparecen a la luz de las antorchas y las hogueras, dejó clara la inquietud de Rebecca. Sus tenebrosos cabellos, sin reflejos, eran para la tía algo más infernal que los ojos, provistos de largas estameñas rizadas, más oscuras aún por estar enmarcadas en escleróticas infantiles.

—¡Dalila era igualita! —se decía Rebecca con una admiración asustada.

Una atracción invencible la obligó a sentarse junto a la joven, que exhalaba un olor lejano de ámbar y muguete.

Mediante preguntas indirectas, Hareton consiguió llegar en poco tiempo a lo que les interesaba a los Maranges.

—Necesito —reconoció Philippe— hacer algunos negocios.

—¿Por qué? —quiso saber Hareton con sus indolentes modales.

—Sobre todo por Monique... ¡Nuestro padre nos dejó un patrimonio debilitado por unas deudas demasiado elevadas y unas creencias demasiado dudosas!

—Me temo, *dear boy*, que no estás muy versado en los negocios. Tendrías que abandonarte a ciegas en manos de un especialista a quien deberías entregarle buena parte de tus capitales. En Baltimore no conozco a nadie así. Tal vez mi sobrino Sydney Guthrie podría hacerlo. Personalmente, soy de una incapacidad ridícula.

—Es cierto que no tengo vocación —suspiró Philippe—, ¡pero tengo que hacerlo!

Hareton miró a la joven bruja con deleite. Contrastaba tan perfectamente con la fascinante Muriel que el americano se entretuvo en admirar aquel contraste.

—Esto es —masculló— la irrefutable objeción contra los sistemas que preconizan *una* raza superior: los pelagos valían tanto como los helenos.

Maranges disfrutaba ávidamente de la cercanía de Muriel.

—Tengo entendido que es muy buen tirador —dijo Hareton—. Y que la guerra lo ha habituado a las situaciones difíciles. Podría proponerle un negocio. ¿Estaría dispuesto a padecer las pruebas de Livingstone, Stanley o las de su Marchand?

—¿No se imagina que he soñado ya con ese tipo de vida?

—Nos apartaríamos asqueados de la mayor parte de nuestros sueños si éstos fueran realizables. Al hombre le gusta ponerse de una manera abstracta en situaciones que repugnan a su naturaleza. Se imagina regiones incomodísimas y peligrosas, tribus o poblaciones terribles, a veces antropófagas, las privaciones, la fatiga, las fiebres: ¿puede convertirse nuestro sueño en realidad?

—¿Cree que es confortable helarse a tres, cuatro o cinco mil metros de altura en una máquina voladora, imperfecta y capri-

chosa? Estoy dispuesto con una única condición, que la aventura le proporcione una dote a Monique.

—El país al que me dirijo —porque seré yo quien organice la expedición— cuenta con tesoros vivientes que no son de su interés; también tiene, y en abundancia, minerales preciosos: oro, platino, plata, esmeraldas, diamantes, topacios. Con suerte, se hará usted con una fortuna. Con mala suerte, sus huesos se secarán en el desierto. Piénselo.

—Dudar sería de estúpidos... Sólo que... ¿*mereceré* una fortuna?

—En esas desiertas extensiones, un buen tirador presta unos servicios inmensos. Necesito hombres seguros... de mi clase y, consecuentemente, socios: cuento con enrolar a Sydney Guthrie, que se encuentra en Baltimore y piensa hacer un viaje parecido.

—¿Ha hablado usted —dijo Philippe— de tesoros vivientes?

—¡Olvídelo! Eso no le concierne ni le interesa.

Hareton entró de nuevo en su fuero interno como anunciaban las huecas pupilas de sus ojos.

La tía Rebecca sonreía con cierta crueldad.

Las dos jóvenes difundían a su alrededor el encanto terrible y dulce que ha sacado el amor humano de la selección animal, y Philippe mezclaba la cabellera de Muriel con las tierras misteriosas en las que iba a revivir la vida primitiva.



# Primera parte

# I

## La noche inexorable

La noche iba a abrazar el bosque de las viejas edades y del miedo, hecho de temores acumulados por generaciones sin número, y agitaba las bestias herbívoras. Después de tantos milenios, el bosque casi ignoraba al hombre. En su oscura e incansable perseverancia, rehacía las formas engendradas antes de los tiempos en que nacieron los crómlech y las pirámides. Los árboles eran los señores de la tierra. Del amanecer al crepúsculo, a través de los días, a través de las noches, bajo los rayos rojos, bajo los rayos de plata, sin que los siglos los hubieran vencido y victoriosos sobre la extensión, alzaban sus reinos taciturnos.

En un formidable barrio de aquel bosque, las ramas crujieron. Un ser velludo que apareció desde detrás de un baobab se estiró sobre el suelo y sus cuatro manos negras permanecieron entrelazadas.

Se parecía de un modo salvaje a la bestia funesta que, en las antiguas tinieblas, encendió el fuego, pero sus mandíbulas y su torso eran bastante parecidos a los de los leones.

Mucho tiempo abotargado en un sueño oscuro donde el pasado era borroso, donde el futuro no llegaba a aparecer, dejó al fin oír una llamada ronca y dulce. Cuatro criaturas aparecieron, las hembras, con los mismos rostros negros, las mismas manos musculosas, y unos extraños ojos amarillos que brilla-

ban en la penumbra. Las siguieron seis crías, llenas de la gracia alegre que es el don de los seres más jóvenes.

Entonces, el macho guio su horda hacia occidente, donde moría, entre la espesura, un sol enorme y rojo, menos rudo que el sol del día.

Los gorilas llegaron a las lindes de un claro abierto por el fuego de las nubes, donde persistían algunos muñones de árboles carbonizados con islotes de hierba y helechos. Al otro extremo del claro, se alzaron cuatro monstruosas cabezas entre las lianas. Contemplaban un espectáculo extraordinario.

¡El Fuego! Algunas criaturas verticales lanzaban en él ramas y arbustos. Las llamas, todavía pálidas, crecían con la agonía del sol; en el breve crepúsculo, se volvieron rosas y luego escarlatas, y su vida parecía cada vez más terrible... Los leones machos rugieron con la fuerza de los meteoros, el gran gorila carraspeó en sordina.

Los leones ignoraron el fuego. Nunca lo habían visto correr por las hierbas secas o devorando las frondas; no conocían más que el molesto resplandor de las tormentas; pero, en el fondo de su instinto, temieron el calor y el palpitar de las llamas.

El gorila macho lo conocía. Hasta en tres ocasiones se había encontrado con el fuego rugiendo en el bosque y creciendo de manera inconmensurable. En su opaca memoria reaparecieron algunas imágenes, una huida inmensa, miles de patas, miles de alas aterrizadas. Llevaba en su brazo, en su pecho, las cicatrices de lo que antes fueron insoportables heridas...

Mientras se detenía, dominado por dispersos recuerdos, sus hembras se le acercaron; los leones, movidos por la curiosidad y la incertidumbre, con pasos pesados y ligeros, se acercaron a tan insólito espectáculo.

Los seres verticales se quedaron mirando el acercamiento de las grandes fieras.

En el recinto formado por las hogueras, había quince hombres negros como los gorilas, parecidos a ellos por las caras abotargadas, las mandíbulas enormes y los largos brazos. Siete hombres blancos y una mujer de su raza que no se parecían a los antropoides más que por las manos. Dentro del recinto se encontraban también camellos, asnos y cabras.

El antiguo temor desapareció, como en ráfagas:

—¡No disparéis! —gritó un hombre rubio y de alta estatura.

El rugido de un león pasó como la voz misma de las edades primitivas; las masas rudas de los dos machos, con sus melenas y sus enormes hombros, revelaban un terrible poder.

—¡No disparéis! —insistió el hombre rubio—. Es poco probable que los leones nos ataquen, y los gorilas menos aún.

—¡Improbable, sin duda! —respondió uno de los que apuntaban con sus carabinas—. No creo que vayan a cruzar las hogueras..., pero...

Era casi tan alto como el hombre rubio, y difería de él por su estructura, por sus ojos de ámbar, por su cabellera negra y por otras diez cosas indefinibles que implicaban otra raza u otra civilización.

—¡Veinte fusiles y la Maxim! —intervino un coloso con las mandíbulas de granito cuyos ojos de color verde malaquita se teñían de ámbar y de cobre a la luz de las llamas. Su cabellera tenía el color de la de los leones. Se llamaba Sydney Guthrie y provenía de Baltimore.

Los dos leones machos rugieron a la vez; las hogueras iluminaban de frente sus compactas cabezas; los antropoides observaban a las criaturas verticales y quizá las creían cautivas del fuego.

Un negro desbloqueó la ametralladora Maxim. Sydney Guthrie introdujo balas explosivas en su fusil para cazar elefantes; seguro de su puntería, Philippe de Maranges espiaba al



león más cercano. Ninguno de aquellos hombres tenía miedo, pero conocían una emoción que les hacía temblar.

—En casa —dijo pensativamente Maranges—, cuando los osos de los Alpes y el lobo de Francia y de Alemania todavía vivían, no eran más que un pálido reflejo de los tiempos del mamut, del rinoceronte, del oso gris. ¡Aquí podrían encontrarse leones y antropoides idénticos a aquellos de hace cincuenta o cien mil años!... cercando a una enclenque familia de humanos armados con mazas y detrás de un fuego lamentable.

El avance de los leones determinó a los gorilas a batirse lentamente en retirada:

—¡Lamentable! —replicó Ironcastle—. Eran mejores que nosotros haciendo fuego. Puedo ver a unos machos rudos, hábiles y musculosos tras unas hogueras enormes y haciendo temblar a los leones... Pudieron tener noches miserables..., pero también noches magníficas. Mi instinto prefiere su tiempo al nuestro.

—¿Por qué? —preguntó un cuarto interlocutor, un inglés cuyo rostro recordaba el del gran Shelley.

—Porque, incluso entonces, gozaban de la alegría de los hombres sin la infernal providencia que estropea cada uno de nuestros días.

—¡Mi providencia no me hace sufrir! —respondió Sydney—. Es un bastón en el que me apoyo... ¡No es un espada que pende sobre mi cabeza!

Le interrumpió una exclamación. Hareton señalaba con el dedo un pequeño antropoide que solapadamente se había adelantado hacia los leones. Estaba royendo una hierba junto a un macizo de helechos... Uno de los leones machos dio un salto de tres toesas al tiempo que el gran gorila y dos de las hembras echaban a correr lanzando gritos roncós.

Pero el león, tras alcanzar su presa, la derribó con un zarpazo.

—¡Oh! ¡Salvémoslo..., salvémoslo! —gritó una voz apasionada.

Una joven se había levantado, una de las altas muchachas rubias que son la gloria de las razas anglosajonas. Philippe de Maranges apuntó, pero ya era demasiado tarde: el gorila macho atacó. El ataque fue veloz, feroz y formidable; las manos negras se cerraron en torno a la garganta amarilla al tiempo que la gran fiera, adelantando el hocico, hincaba los dientes en el pecho del antropoide.

Las monstruosas bestias cabecearon, se escuchaban sus jadeos, sus estertores, los crujidos de sus enormes músculos. La zarpa arrancaba jirones del vientre del gorila; el gorila, sin aflojar su presa, hincó los dientes en el cuello del carnívoro, cerca de la yugular...

—¡Espléndido! —exclamó Guthrie.

—¡Terrible! —suspiró la joven.

Todos contemplaban, hipnotizados, las anchas llagas rojas, los resurgimientos de aquellos organismos colosales. La pasión de los romanos en los circos se llevó a Hareton, Philippe, Sydney y a sir Georges Farnham. Las bestias también se convirtieron en espectadoras, los tres leones, las cuatro hembras antropoides, una de las cuales acunaba junto a su pecho al pequeño gorila herido.

El león se ahogaba. Sus enormes mandíbulas dejaron de morder y se abrieron de manera desmesurada; su zarpa golpeaba al azar, y los dientes del gorila, tras desgarrar la carótida de su adversario, liberaron un surtidor escarlata que se derramó sobre la hierba.

Por último, la zarpa rasgó el vientre; luego las masas cayeron, y las manos negras se apartaron de la garganta ensangrentada y ambos colosos quedaron inmóviles...

Llevado por una furia provocada por el pánico, Sydney Guthrie se hizo con una rama encendida y la arrojó hacia los leones. Los negros aullaron. Un oscuro temor dominó el alma de los carnívoros, atemorizados por la muerte del gran macho,

y abandonaron el claro y desaparecieron en la profundidad del bosque.

Sorprendido por su propio acto, Guthrie se echó a reír. Los otros permanecieron serios. Era como si acabaran de presenciar, no la lucha de dos bestias, sino la lucha de un león y de un hombre. Y la voz de Hareton resonó en el fondo de las conciencias cuando observó:

—¿Por qué nuestros antepasados no iban a tener la fuerza de este antropoide?

—Se diría —dijo la joven— que el gorila se ha movido.

—Veámoslo —dijo sir Georges Farnham.

Guthrie examinó su fusil para cazar elefantes:

—¡Vamos!

—No nos olvidemos de las antorchas —añadió tranquilamente Ironcastle.

Tomaron las antorchas y salieron por un hueco entre las hogueras.

Las hembras antropoides retrocedieron ante los seres armados con fuego, y no se detuvieron sino en las lindes del claro, desde donde contemplaron con oscura angustia al macho tendido en el suelo. Éste ya no se movía; su cabeza reposaba en el vientre del león, cuyas crines estaban teñidas de escarlata y cuyos grandes ojos amarillos estaban vitrificados por la muerte:

—¡No hay nada que hacer! —observó Sydney—. Además, ¿de qué serviría?

—De nada —replicó Maranges—, pero me habría gustado verlo sobrevivir.

—Me da la impresión de que se trata de un ser humano —susurró Muriel.

Hareton, sacando un espejito de uno de sus bolsillos, lo acercó a la boca del gorila:

—¡Pero si no está muerto! —concluyó, mostrando una pequeña marca de vaho en el cristal—. Sin embargo, ¿cómo po-

dríamos hacer que volviera en sí? Ha perdido varias pintas de sangre.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó tímidamente la joven.

—Haremos lo que se pueda, Muriel... La vitalidad de estos animales es increíble.

Tres negros transportaron al gorila al recinto tras las llamas, donde Ironcastle empezó por desinfectar y vendar las heridas.

Las hembras volvieron; gemían de un modo extraño bajo las estrellas.

—Pobres criaturas —dijo Muriel.

—Sus oscuras memorias lo olvidarán enseguida —dijo Maranges—. ¡El pasado apenas existe para ellas!

Ironcastle seguía examinando las heridas:

—No es imposible que viva —concluyó, admirando el enorme torso del antropoide—. Esta bestia es por lo menos un pariente lejano de nuestros primeros padres...

—¡Un pariente lejano! ¡No creo que nuestros antepasados fueran monos ni antropoides!

Ironcastle seguía vendando las heridas. El pecho del gorila palpitaba débilmente; seguía sumido en la inconsciencia:

—Si tiene una oportunidad de sobrevivir en los árboles..., tendrá que recuperar el sentido... y habrá que abandonarlo...

—¡No le abandonaremos! —replicó Muriel.

—No, *darling*, sólo le abandonaremos si nuestra seguridad lo exige. ¡Pero es una carga!

Un grito breve y sordo. El negro de mayor edad, un hombre con color de lodo, señalaba el norte del claro; su mano vacilaba:

—¿Qué pasa, Kouram? —preguntó Guthrie.

—¡Los Hombres Achaparrados! —gimió el negro.

El claro parecía desierto; los aullidos de las bestias se mostraban dispersos y lejanos.

—No veo nada —dijo Maranges, que empleaba el catalejo.

—Los Hombres Achaparrados están ahí —afirmó el viejo africano.

—¿Son temibles?

—¡Son los hombres que nacen en el Bosque sin Piedad, astutos e indetectables!

—¡Allí! —gritó sir George.

Acababa de entrever una silueta vertical entre los helechos. Ya se había desvanecido. Y no se veía, más allá del agujero luminoso de las llamas, otra cosa que el bosque negro bajo un cielo tachonado de estrellas.

—Esos pobres diablos —dijo Guthrie, encogiéndose de hombros— apenas estarán armados...

—Tienen azagayas emponzoñadas —replicó Kouram—, hachas de piedra, picas. Siempre en gran número, son hábiles para tender trampas... y devoran.

El viejo negro titubeó:

—¿Devoran? —preguntó impaciente Guthrie.

—A los vencidos, amo.

Las hogueras zumbaban y palpitaban como criaturas; a intervalos se escuchaba un crujido semejante al de un lamento; las chispas alzaban un vuelo como de luciérnagas, y el bosque enviaba un suave aliento, lleno de una caricia solapada y un misterio feroz.

## II

# Los Hombres Achaparrados

Kouram contó la leyenda de los Hombres Achaparrados, nacidos del Bosque, del Pantano y de una bestia venida de las nubes.

No se sabe seguro lo que son esos hombres. Sus ojos despiden un resplandor verde en la noche y ven a través de las tinieblas; su pecho es ancho, sus miembros cortos; sus cabellos se parecen a los pelos de las hienas; no tienen nariz, sino dos agujeros negros por encima de la boca; viven en tribus, la más pequeña de las cuales cuenta con cien guerreros; encienden mal el fuego, apenas cocinan sus alimentos y desconocen los metales; sus armas son de madera y de piedra.

Los Hombres Achaparrados no saben cultivar la tierra, ni tejer, ni cocer utensilios; se alimentan de carne, de frutos secos, de brotes tiernos, de hojas jóvenes, de raíces y de setas. Se hacen la guerra de manera implacable, devoran a los heridos y a los prisioneros, incluso a las mujeres, y sobre todo a los niños. Un odio inextinguible anima a los Achaparrados del Norte, que tienen el pelo rojo, contra los del Sur, que tienen el pelo negro, y a los de Occidente, que se enorgullecen de su pelaje azul.

Su número no aumenta, sino que disminuye de generación en generación. Su valor desprecia la muerte y no desfallece an-

te los suplicios. Por el rostro, se parecen más a búfalos que a hombres; desprenden un olor que parece el olor de la carne asada.

Cuando Kouram acabó, Maranges preguntó:

—¿Has visto alguna vez a los Achaparrados?

—Sí, amo. Apenas tenía la edad de un hombre cuando me hicieron prisionero. Debía ser devorado. El fuego estaba listo para asarme. Los que me apresaron tenían la piel roja. Se reían porque tenían otros prisioneros y muertos cuyas heridas todavía sangraban. Los hechiceros cantaban lentamente en un idioma desconocido. Agitaban hachas y ramas con flores... Hubo aullidos bajo el enramado y luego lo atravesaron con puntiaguadas azagayas. Los Achaparrados de los pechos azules llegaron. Se libró una batalla. Desaté las lianas que me ataban y hui hacia la llanura.

Kouram se calló, pensativo. Los tiempos de su juventud se apretujaban en su reseco cerebro. Se vio consternación en la mirada de Hareton fija en la brillante cabellera de Muriel. Maranges, emitiendo un largo suspiro, espiaba a la joven. Pero Sydney Guthrie observaba las tinieblas sin temor y sin preocupaciones. Su juventud, su savia, una alegría natural en él, le ocultaban el porvenir. A fuerza de viajar por Oriente, sir Georges Farnham se había contagiado de parte del fatalismo de los árabes y de los mongoles.

—¿Qué pueden hacer aquellos miserables? —dijo el coloso—. La ametralladora por sí sola bastaría para aniquilar a toda una tribu, el fusil para elefantes los reduciría a migajas, Maranges y Farnham, tan seguros en su tiro como Calzones-de-Cuero, cuentan con rifles capaces de disparar veinte balas al minuto, Muriel es casi tan buena tiradora como ellos, todos nuestros hombres están bien armados. A veinte veces la distancia a la que pueden llegar con sus azagayas, ya los habríamos exterminado.

—Sabían hacerse invisibles —replicó Kouram—. Si una azagaya alcanzara a los hombres o a las bestias, no sabríamos de dónde habría partido.

—La tierra está desnuda alrededor de las hogueras..., apenas crecen helechos y hierbas.

Algo silbó en la noche; una saeta larga y delgada pasó sobre las llamas y provocó un sobresalto en una cabrita negra: la azagaya se había clavado en su flanco.

Y en ese momento, la gran noche estrellada se volvió hostil. Hareton, Guthrie, Farnham y Maranges escrutaban las tinieblas. No se veía otra cosa que las hembras antropoides, cuyos ojos brillantes registraban la oscuridad.

El viejo Kouram lanzó un débil gemido.

—¿No ves nada? —preguntó Maranges.

—Amo, no veo otra cosa que ese matojo de helechos.

Philippe se llevó el arma al hombro e hizo fuego tres veces, a tres alturas diferentes. Se escucharon dos gritos roncós; un cuerpo oscuro saltó, volvió a caer y empezó a reptar entre las hierbas bajas... Maranges dudó antes de acabar con el fugitivo. Éste desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. Largos gritos siniestros, clamores que recordaban el aullido del lobo y la risa de la hiena resonaron en el claro y en el bosque.

—Estamos rodeados —observó Hareton.

El silencio cayó como un bloque. La Cruz del Sur señalaba la octava hora de la noche. Y la cabrita negra, lanzando un balido desesperado, se derrumbó y murió.

Kouram, tras retirar la azagaya, se la pasó a Ironcastle. El americano la examinó atentamente y dijo:

—La punta es de granito... Levanta las tiendas, Kouram...

Levantaron las tiendas, una de las cuales era lo bastante grande como para servir de comedor y salón para toda la expedición. Todas eran de una tela gruesa, sólida, impermeable:



—¡Aquí no estaríamos al abrigo de las balas! —observó Hareton—, pero esas azagayas se detendrán en la superficie.

Cuando los blancos se reunieron en la gran tienda, los negros sirvieron mijo y cercopiteco asado. La comida fue melancólica; sólo Guthrie mantenía un amplio optimismo.

Cató el asado, el mijo aderezado con pimienta roja, y observó:

—¡Será necesario organizar una batida!

—¿Una batida? —exclamó Maranges.

—Los límites del campamento deben estar despejados hasta una distancia mayor que el alcance de sus condenados utensilios... Lo importante es dormir sin ser molestados.

Se le escuchaba con una especie de asombro.

—Pero —apuntó Ironcastle—, una salida nos dejaría expuestos a las azagayas.

—¿Por qué? —preguntó Guthrie—. No es necesario.

—¡Veamos, Sydney!... No es posible que estés bromeando.

—No recuerdas bien, tío Hareton. Yo había previsto las flechas envenenadas... Mandé que me trajeran desde Nueva York las ropas necesarias...

—Es verdad, me habías hablado de eso..., y no me volví a acordar.

Guthrie se echó a reír al tiempo que terminaba con un filete de cercopiteco.

—¡Ea! —dijo—. Kouram, trae la maleta amarilla.

Diez minutos más tarde, dos negros le llevaron una maleta bastante aplastada, de cuero entre amarillo y rojo, que todos miraron con ardiente curiosidad. Sydney abrió la caja metódicamente y mostró una gruesa pila de ropas que parecían abrigos *mackintosh*.

—Un tejido nuevo —dijo—. Metálico... tan ligero como el caucho. Aquí están los guantes, las máscaras, las perneras, los capuchones.

—¿Estás seguro de que resistirán las flechas?

—Sujete...

Extendió uno de los *mackintosh*, lo fijó a una pared de la tienda y le dijo a Ironcastle:

—¿Quieres lanzar la azagaya?

Hareton tomó el arma y apuntó. La azagaya rebotó contra el traje.

—¡La tela sigue intacta! —constató Maranges—. La punta de granito sólo ha causado una arruga.

—No tenía la menor duda —continuó el estadounidense con su voz tranquila—. Padding y Mortlock se ocuparon de la mercancía... ¡La primera casa del mundo en su género!... Los Achaparrados se acaban de quedar sin su veneno... Desgraciadamente, están los camellos, los asnos y las cabras... Si perecieran, sería una pérdida irreparable... Por eso quiero quitar todo lo que, alrededor del recinto, pueda permitir que se oculten los hombres.

—¡Un trozo de árbol y tres o cuatro bosquecillos de helechos! —apuntó sir Georges.

Sydney se puso el más voluminoso de los trajes, se colocó una máscara flexible en el rostro, se ajustó las perneras desde los tobillos hasta la rodilla y dijo:

—¡Vamos a arreglar las cosas!

Farnham, Ironcastle, Maranges, Muriel, Kouram y dos servidores blancos, que se llamaban Patrick Jefferson y Dick Nightingale, le imitaron.

—Vayamos al lado opuesto al que ocupan los animales —dijo Ironcastle.

La luna, descubierta, de color escarlata, remontaba el fondo del claro, y los rayos, como una onda imponderable, empapaban el bosque milenario.

—Es sorprendente —dijo Maranges— que esos brutos no nos hayan lanzado más azagayas.

—Los Achaparrados son pacientes —respondió Kouram—. Han comprendido que contamos con armas terribles y no nos atacarán directamente a menos que se vean obligados a hacerlo... Aunque estén ocultos, hay pocos sitios donde meterse alrededor del fuego.

—Entonces, ¿tú crees que no abandonarán sus proyectos?

—¡Son más obstinados que los rinocerontes! Nos seguirán hasta el final del bosque. Nada podrá desanimarles..., y si matamos a sus guerreros, cuantos más matemos, ¡más aumentará su odio!

Farnham, Hareton y Muriel, provistos con catalejos, examinaban los alrededores.

—¡Nada! —dijo Hareton.

—No, nada —asintió Farnham—. Podemos seguir.

Había tomado un hacha bastante larga, muy afilada, que podía cumplir con las funciones de una guadaña.

Muriel se inclinó sobre el gorila. No había salido del coma y parecía un cadáver.

—Saldrá de ésta —dijo en voz baja Maranges.

La cabeza rubia se elevó, los dos jóvenes se miraron. Una emoción tan imprecisa como las enramadas nocturnas elevaba el pecho de Philippe. Muriel estaba tranquila, un poco desconfiada:

—¿Lo cree usted? —dijo—. Ha perdido casi toda la sangre...

—La mitad como mucho...

Una voz quejumbrosa les hizo volver la cabeza; las hembras antropoides seguían allí. Las crías y una de las madres se habían dormido. Las demás velaban.

—Están inquietas —dijo Kouram—. Saben que los Hombres Achaparrados nos rodean... Saben también que el macho está entre nosotros.

—¿Nos atacarán? —preguntó Ironcastle.

—No lo creo, amo; usted no remató al gorila..., ¡lo intuyen!

—¡En marcha! —dijo Guthrie.

La pequeña tropa cruzó un desfiladero y se encontró fuera del recinto. Guthrie se dirigió primero hacia el grupo más cercano de helechos y lo abatió con cuatro hachazos. Acto seguido, eliminó las hierbas altas, hizo caer un tocón de palmera y se dirigió hacia los arbustos contra los que había disparado Maranges. Cuando los había hecho desaparecer, no quedaba, al alcance de una azagaya, ningún refugio donde los Achaparrados pudieran hacerse invisibles.

—Pero —preguntó Philippe—, ¿cómo ha podido desaparecer el herido?

—Por alguna grieta —respondió Kouram. Precedió a Maranges y a Guthrie.

—Aquí está.

En dos saltos, Guthrie, Maranges y Farnham se unieron a él.

En una grieta descubrieron al hombre tendido y completamente inmóvil. Un pelo tan rojo como el pelaje del zorro cubría su cráneo y se acumulaba en islotes sobre sus mejillas. Tenía la cabeza en forma de cubo, truncada en la garganta, lo que la hacía parecer como apoyada directamente sobre los hombros; la tez del color de la turba, brazos achatados que terminaban en unas manos extraordinariamente cortas, cuya forma general evocaba el caparazón de los cangrejos; los pies todavía más cortos, con dedos difusos, apenas existentes, que parecían recubiertos de una sustancia córnea.

Unos anchos hombros y un torso grueso y ancho justificaban el nombre de la raza.

El hombre estaba casi desnudo; algo de sangre se coagulaba en el vientre y el pecho; un cinturón de piel sin curtir sujetaba un hacha verde, un cuchillo de piedra. Dos azagayas estaban tiradas en el suelo de la grieta.

—Le alcanzaron las tres balas... —observó Kouram—, pero no está muerto. ¿Hay que rematarlo?

—¡Ni se te ocurra! —gritó Maranges, horrorizado.

—Es un rehén —dijo Guthrie, flemático.

Se agachó. Levantó al Hombre Achaparrado como hubiera levantando a un niño. Retumbó algo parecido a un gruñido; seis o siete azagayas silbaron, dos de las cuales alcanzaron a Kouram y a Guthrie. El coloso se echó a reír, mientras que Kouram, mediante gestos, les daba a entender a sus enemigos que su ataque había sido en vano.

El ojo lúcido de Farnham escrutaba los refugios. Había muy pocos. Sin embargo, a unos cincuenta metros, se discernía un arbusto que podía ocultar a dos o tres hombres.

—¿Qué hacemos? —preguntó sir Georges.

—¡Es indispensable que nos teman!... Ningún ataque puede quedar sin respuesta. ¡Fuego!

Guthrie, echándose a la cara la carabina para cazar elefantes, disparó contra un bloque que emergía del centro del arbusto.

La detonación fue seguida por una explosión y un clamor furioso; un cuerpo se alzó y cayó inanimado...

—¡Pobre bruto! —suspiró Philippe.

—No malgastemos la piedad —replicó Sydney—. Los pobres brutos son asesinos predestinados y antropófagos por principio. Sólo hay dos maneras de demostrarles nuestra fuerza...

Se echó bajo el brazo el cuerpo del hombre desvanecido y emprendió el camino de vuelta al campamento. Los servidores blancos habían hecho desaparecer todos los refugios desde los que pudieran ser atacados Maranges y Guthrie.

En un radio de cien metros ningún hombre podría ocultarse, por astuto que fuera.

Sydney depositó al Achaparrado junto al gorila; Hareton se cargó de vendajes; en dos o tres ocasiones, sin salir del desmayo, el herido profirió un lamento:

—Está menos herido que el antropoide.

Kouram miraba al Achaparrado con rencorosa aprensión:

—Mejor matarle —dijo—. Habrá que vigilarle continuamente.

—¡Tenemos cuerdas! —dijo Guthrie, expulsando los res-coldos de la pipa—. La noche será tranquila... y mañana será otro día.

Tras quitarse la máscara y el abrigo metálico, Muriel soñó ante el gran Orión, constelación de la tierra natal, y la Cruz del Sur, que simbolizaba la tierra desconocida. Philippe permanecía encantado junto a aquella joven tan parecida a las oréades, a las ninfas que se alzan en el alba de los bosques, a las ondinas que saltan de los lagos crepusculares. En la siniestra soledad, ella concentró los sueños del hombre. La hora era de lo más terrible. Philippe palideció al pensar que el peligro que amenazaba a los machos la amenazaba aún más a ella...

—¿No podemos hacer nada por esas pobres bestias? —dijo la joven, señalando a las hembras antropoides.

—No nos necesitan —dijo él, sonriendo—. El bosque entero es su reino, y ahí crecen en abundancia todos los bienes que hacen la felicidad de los gorilas.

—Pero ya ve usted que no se apartan. Su inquietud es visible..., deben temer a los Achaparrados Rojos. Aunque éstos, sin embargo, no les han atacado.

Muriel hablaba casi de manera misteriosa, más seductora por estar perdida en el bosque original, en el seno mismo de las trampas que amenazaron, en la aurora humana, a los ancestros cuyas preciosas formas les distanciaban más que los mismos milenios.

—No les han atacado —dijo— porque deben reservar sus armas...

—¡Para nosotros! —dijo la joven con un suspiro, volviendo la cabeza hacia Ironcastle, que acababa en ese momento de vendar al Achaparrado.

Con el corazón lleno de una trágica dulzura, Philippe saboreó el conjunto del espacio estelar, las cenizas luminosas que empapaban los confusos condados del sotobosque y a la flexible hija de América, tan parecida a las hijas de la isla pálida donde antaño vivieron aquellos ángeles paganos cuya belleza encantó a san Gregorio.

### III

## El abrevadero

La suerte designó a Hareton para tomar la última guardia. Tres negros velaban con él, vigilando el perímetro del claro.

Una noche parecida a todas las noches en aquel bosque, una noche de emboscada y muerte, de triunfos y miserias, un huracán de aullidos, rugidos, bramidos, alaridos, gritos de angustia, de carne devorada viva, con los vientres llenos y los vientres comidos... la agonía, el temor, la ferocidad, la codicia... la fiesta de unos y el horror de otros, el sufrimiento alimentando la voluptuosidad, la muerte saciándose con la vida...

«Cada noche desde hace cien mil años –pensaba Hareton–, cada noche sin descanso y sin misericordia..., cada noche las bestias encantadoras o ingeniosas, que tanto les cuesta crecer, mueren así bajo la inconcebible necesidad..., ¡y seguirán muriendo! ¡Señor, que misteriosa es Tu voluntad!».

La luz blanquecina del firmamento pesaba ligeramente sobre los espacios negros del bosque; los olores acechaban... frescos como las fuentes, suaves como la música, embriagadores como jóvenes mujeres, feroces como leones, ambiguos como reptiles...

Una pesada melancolía hizo contraerse al americano. Lleno de remordimientos por haber arrastrado a Muriel, no podía comprender su debilidad.



«Se puede creer —se dijo— que todo hombre tiene no solamente su hora, sino también su estación de locura».

Como era un hombre enérgico en la acción y que seguía sus proyectos, ignoraba su falta de resolución ante Muriel. Ella nunca le había dejado. Ella era la última de su raza, pues Hareton había perdido a sus dos hijos en el torpedeo del *Thunder*, frente a las costas de España. Desde aquel momento, resistía a duras penas los deseos y la voluntad de su hija.

Al amanecer, un vapor cayó sobre el claro e hizo las perspectivas menos delimitadas; la luz velada de la luna deformó la silueta de los árboles; las estrellas se envolvieron en un tul pálido donde vacilaban como frágiles lamparillas.

Entonces, sin causa aparente, Ironcastle se imaginó a Muriel llevada por los Hombres Achaparrados, y terribles imágenes le atormentaron...

Tres chacales se detuvieron frente al fuego. Hareton miró con cierta simpatía sus hocicos de perros, sus orejas puntiagudas, sus rostros vigilantes. Huyeron hacia el sotobosque, y todo quedó luego sumido en el silencio:

«¡Pero el enemigo está ahí!», se dijo el viajero.

Nadie dejaba adivinar su presencia; el bosque parecía vacío, con sus fieras; miles de herbívoros habían expirado bajo el diente y la garra.

Pese a todo, Hareton sufría el vasto encanto, aquel silencio entrecortado por ruidos ligeros, los chasquidos de las llamas, el paso tembloroso de las bestias, el suspirar de las hojas...

Un vapor más blanco ascendió hasta las estrellas, el vapor imponderable del amanecer; el rocío crepitó en las hogueras; los tres negros, atentos, escrutaban el resplandor primordial que pareció nacer tanto de los árboles como del firmamento. Las conmovedoras mentiras de la aurora se escurrieron en un momento. El día estaba ya allí; en las profundidades insondables, millones de bestezuelas atemorizadas se pusieron en pie

sin miedo a la vida. Hareton sacó de su bolsillo una Biblia de reducidas dimensiones y leyó, con el recogimiento de los hombres de su raza:

«33. Convirtió los ríos en desiertos, y las fuentes de agua en sequía;

»34. La tierra fértil en tierra salada por la maldad de los que en ella habitan;

»35. Convirtió los desiertos en estanques y la tierra seca en fuentes de agua;

»36. e hizo que en ella habitasen los hambrientos».

Uniendo las manos, rezó, pues su vida estaba dividida en dos compartimentos estancos: en uno estaba su fe por la Ciencia; en el otro, su fe por la Revelación.



«¡Eso es!», se dijo. «Se trata de hacer que las bestias sean invulnerables... Pude salvar a la cabra cauterizándola...».

Una sombra pasó a su lado; antes de haber vuelto la cabeza, supo que era Muriel:

—*Darling!* —murmuró—, qué mal hice obedeciendo tu voluntad.

—¿Estás seguro —dijo la joven— que no habríamos corrido peligros mayores si no hubiéramos salido de nuestro país?

Tomó la pequeña Biblia de manos de su padre y, pasando las páginas al azar, leyó:

«Puedes estar seguro de que Él te libraré de las trampas del cazador y de la mortalidad funesta».

—¿Quién sabe —suspiró— lo que estará pasando en América?

Una risa jovial la interrumpió, la estatura gigantesca de Guthrie se alzó ante las llamas que empezaban a desvanecerse:

—¿Qué podría pasar que no fuera la repetición de lo que pasaba antes de nuestra marcha? Supongo que miles de navíos llenan los puertos de Estados Unidos..., que los ferrocarriles transportan a los ciudadanos que dejan las playas para volver a las ciudades..., que las fábricas rugen, que los cultivadores fantasean con las siembras del otoño, que cenan los valientes —porque se está haciendo de noche—, que los autobuses, los tranvías y los vehículos a motor llenan las calles de Baltimore...

—Sin duda —dijo la voz grave de Philippe—, pero también pueden producirse grandes cataclismos.

—¿Un temblor de tierra? —propuso Farnham.

—¿Por qué no?... ¿Hay una razón decisiva para que Inglaterra y Francia estén eternamente a salvo de los temblores de tierra? En todo caso, Estados Unidos los conoce. Pero pensaba en otra cosa...

La gran luz, la luz creadora y asesina, se iba adueñando del bosque. Las últimas hogueras se apagaron. En el país de los enramados apareció el resplandor de las alas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Hareton.

—Desayunar —replicó Sydney—, y luego mantendremos un consejo de guerra.

Kouram dio las órdenes pertinentes; dos negros llevaron té, café, conservas, confituras, galletas, búfalo ahumado, salchichas enlatadas. Guthrie desayunó con la alegre energía que siempre proporciona la comida.

—¿Cómo está el gorila? —le preguntó a Kouram.

—Todavía inconsciente, amo, pero el Achaparrado Rojo empieza a despertarse.

Philippe estaba sirviendo a Muriel; la joven, mientras comía galletas y bebía té, contemplaba los alrededores.

—¡Todavía están allí! —murmuró.

Señaló al grupo de antropoides que habían dormido cerca de las hogueras.

—Es extraño —respondió Philippe—. Kouram tenía razón, o eso creo; temen a los Hombres Achaparrados que, sin embargo, ¡ni siquiera pensarán en los gorilas mientras tengan a la vista enemigos como nosotros!

Los grandes ojos de color turquesa de Muriel se volvieron soñadores; Philippe se dijo en voz baja:

«¡Y como ella, temerán ver acabar sus días aquellos que los pasaron cerca de ella!».

Guthrie, tras acabar con su trozo de búfalo ahumado y su café en conserva, dijo:

—Ahora, tracemos un plan. Mientras nos mantengamos en el claro estaremos a salvo de los Achaparrados. Para atacarnos, deben dejarse ver... Solamente que no podemos quedarnos en el claro sin agua y sin leña. El agua se encuentra a una milla de aquí... La leña es indispensable.

—¿Qué ganaríamos si acampásemos? —preguntó Maranges.

—Podríamos trabajar en hacer que los negros que no puedan recibir el *mackintosh* metálico sean tan invulnerables como nos resulte posible —dijo Ironcastle—. Intentaríamos también encontrar un medio de proteger a nuestros animales, cuya pérdida sería un desastre.

—¿Y si esos caníbales reciben refuerzos?

Hareton volvió hacia Kouram su rostro lleno de ansiedad:

—¿Es posible?

—Es posible, amo... Pero los Achaparrados Rojos se alían raramente..., salvo contra los Achaparrados de pecho azul. Sus tribus viven lejos la una de la otra.

—Así que —observó Philippe— habría tantas o más posibilidades de que nuestros asediantes encontrasen congéneres durante la marcha.

—Entonces, ¿nos quedamos? —preguntó con cierto descuido Sydney.

—Ésa es mi opinión —respondió Ironcastle.

—Y la mía —asintió sir Georges con toda calma.

—¿Cómo va la provisión de agua, Kouram?

—No tenemos con qué dar de beber a los camellos, ni a asnos ni cabras... Contábamos con el abrevadero.

—¡La salida es inevitable!

Más allá del recinto de cenizas y la zona desnuda, no quedaban más que unos pálidos islotes de helechos, hierbajos o arbustos. Luego se alzaba la misteriosa tierra de los árboles.

El abrevadero era inservible.

—El campamento tiene que estar bien vigilado —dijo Guthrie—. Eres tú, tío Hareton, el que mejor maneja la ametralladora: debes quedarte aquí con Muriel, Patrick Jefferson y la mayor parte de los negros; Farnham, Maranges, Kouram, Dick Nightingale, dos negros y yo mismo haremos una salida hasta el abrevadero. Una lástima que no nos podamos llevar un camello...

Ironcastle sacudió la cabeza. Una enorme inquietud oprimía su pecho. La salida le repugnaba profundamente:

—¡Podemos esperar!

—¡No! —replicó Guthrie—. Si esperamos, corremos el mayor de los riesgos... Hay que decidirse ahora.

—Sydney tiene razón —apoyó Philippe.

La tropa que iba a realizar la salida se revistió con *mackintosh* y máscaras metálicas. Guthrie llevaba el fusil para cazar elefantes, un hacha y dos revólveres. El armamento de Maranges y de Farnham era idéntico, salvo por la carabina. Dick Nightingale llevaba además un *dirk* grueso y pesado.

—¡Vamos!

La palabra cayó como la vibración de un toque de alarma. Un ligero temblor sacudió los hombros de la joven. El bosque pareció más feroz, más desmesurado y solapado. Philippe echó una última mirada a la hija de Baltimore.

Fueron los negros los que ocuparon la vanguardia. Kouram tenía una experiencia sutil, comprada con diez agonías; los demás lanzaban sus ágiles sentidos hacia la espesura. Los tres hombres formaron un triángulo de amplia base. Philippe, cuyo oído era extraordinario, seguía a Kouram. Sydney avanzaba con largos pasos lentos, su fuerza terrible les daba a los negros más seguridad que el fusil para cazar elefantes o que las infalibles carabinas de Farnham y de Maranges. En la retaguardia se encontraban todos los demás.

Iban hacia el Este. Un facoquero se deslizó bajo las palmeras, los antílopes echaron a correr; los Achaparrados seguían siendo invisibles. En las lindes del claro, Kouram, con el cuello estirado, espiaba las verdes penumbras:

—¡Atención! —dijo Philippe.

Entre los ligeros crujidos, los deslizamientos furtivos, los ruidos casi imperceptibles que parecían ser los alientos del bosque, creía discernir no sé qué movimiento organizado que se alejaba y se reformaba a sus espaldas.

Parecía haber caminos abiertos, caminos antiguos por donde las bestias y a veces los hombres pasaban desde hacía siglos para dirigirse al abrevadero. El pequeño grupo cerró filas, Kouram siempre a la cabeza, seguido de cerca por los dos negros.

—¿Se habrán marchado? —susurró Guthrie.

—He oído demasiados cuerpos deslizándose entre las plantas —respondió Maranges.

—¡Eso es tener un oído de lobo!

Kouram se detuvo; uno de los negros se pegó al suelo. Philippe ya lo había escuchado.

—Andan por allí —dijo, señalando las frondas, a la derecha de un baobab.

—Son ellos —dijo Kouram—, pero también están por delante de nosotros... y a la izquierda. Nos rodean... Saben que vamos al abrevadero.

La invisible presencia se hizo angustiosa. Estaban en una trampa ligera, movediza y sólida, una trampa viviente que no se escondía salvo para cerrarse mejor...

En la luz vede, un reflejo plateado reveló la presencia de agua, la madre de todos los seres. A medida que se iban acercando, podía verse un pequeño lago. Nenúfares gigantes extendían sus pétalos, una bandada de aves se elevó con un largo frufrú; un ñu inquieto dejó de beber.

Extendido entre orillas más caprichosas que las de los fiordos de Noruega, tapizadas de vegetales, febriles y devoradoras, el lago no era gran cosa.

La expedición se detuvo ante algo parecido a un promontorio donde las plantas habían sido arrancadas por los elefantes, los rinocerontes, los leones, los búfalos, los facoqueros, los antílopes. Clara y casi fresca, el agua debía ser alimentada por alguna corriente subterránea; se derramaba por tres arroyos.

Los negros bebieron con avidez. Menos inmunizados contra las bacterias palustres, los blancos, tras llenar las cantimploras, vertieron en ellas algunas gotas de un líquido amarillento.

—¡Ahora los odres!

Un clamor se alzó, fantástico y terrible, que comportaba algún tipo de ritmo: dos aullidos seguidos de un estertor. Formas humanas aparecían y desaparecían. Luego, volvió a caer el silencio, tan penetrante como el silencio de una tormenta.

—¡Es la voz de cien hombres! —murmuró Kouram.

Las caras de los negros parecían de plomo y ceniza; Farnham y Maranges escrutaban el sotobosque; Guthrie, converti-

do en Ajax Telamón, levantaba su pesado fusil para cazar elefantes...

Las azagayas volaban e impactaban en vano contra los trajes metálicos o se hundían en el lago:

—¡*Habríamos* muerto todos! —constató tranquilamente Sydney.

—Esas azagayas pueden servir —observó sir Georges, que recogió una que había rebotado contra su pecho—. Son más peligrosas para ellos que para nosotros.

—Sí, esos degradados gusanos nos están procurando armas...

Los odres habían sido depositados en el promontorio; la pequeña tropa esperaba, dispuesta en semicírculo, con el lago a sus espaldas. Todas las bestias habían huido; las orillas estaban desiertas, un ave fúnebre pasó rasando las aguas.

—¿A qué esperan? —exclamó Guthrie con cierta impaciencia.

—¡Quieren ver si las azagayas nos han matado! —respondió Kouram—. El veneno no actúa hasta lo que se tarda en dar mil pasos.

No se escuchaba otra cosa que las voces lejanas de los psitácidos y de un mono que ululaba en la orilla opuesta del lago. El silencio pareció interminable... y luego, el clamor se reanudó, más ronco, y dos grupos de Achaparrados se lanzaron a la carga. Eran por lo menos sesenta; pintarrajeados de rojo, armados con picas, mazas o hachas de jade.

—¡Fuego! —gritó Farmham.

Él mismo y Maranges, apuntando con precisión infalible, pusieron a cuatro hombres fuera de combate, y luego el fusil para cazar elefantes alzó su tonante voz. El efecto fue monstruoso: brazos, piernas, huesos rojos, pies... se desperdigaron; se podía ver una cabeza colgando de los pelos en las ramas de un baobab; las entrañas humanas serpenteaban como serpientes azules. Aullando de terror, los Achaparrados se batieron en



retirada y se disiparon, salvo un pequeño grupo que apareció de entre las zarzas y que se lanzó fieramente sobre los viajeros. Un mazazo mandó a Kouram al suelo; asaltado por dos Achaparrados, un negro cayó, y dos adversarios se plantaron ante Philippe. El minio convertía sus rostros en rostros de sangre; sus ojos relucían, sus gruesos y cortos brazos levantaban sus hachas de color verde.

Maranges, deteniendo los golpes, mandó al suelo a uno de sus enemigos, mientras el segundo, atacando de refilón, abatía su arma. Pero Philippe se había escabullido. Llevado por su propio impulso, el Achaparrado llegó muy cerca del río: de una patada, Maranges lo envió al lago.

Guthrie, por su parte, se las veía con tres Achaparrados. Éstos titubeaban, asustados por la estatura del gigante. Sydney abatió la pica de uno de sus agresores, lo sujetó por la nuca, lo hizo girar como una maza y lo lanzó contra sus compañeros, y sir Georges, acudiendo al rescate, con un culatazo noqueó al más grande de los atacantes.

Aquello fue la derrota. Los Achaparrados que aún podían luchar huyeron al abrigo de las zarzas; los heridos se arrastraron hacia el bosque y, según se había convenido, Guthrie lanzó tres toques de silbato, uno largo y dos más breves, para anunciar a Ironcastle que el peligro había desaparecido.

—Necesitamos prisioneros —observó Farnham apoderándose de uno de los fugitivos.

Guthrie y Dick le imitaron, con lo que cuatro hombres quedaron en poder de los vencedores.

—¿Dónde está Kouram? —preguntó Maranges con ansiedad.

Kouram respondió con un suspiro seguido de un gruñido. Lo grueso de su pelo, así como la poderosa osamenta del cráneo, le habían salvado. El segundo negro ya estaba en pie, sin más daños que una clavícula herida.

Veinte minutos más tarde, la expedición volvía hacia el campamento. Formaba un cuadro en cuyo centro se arrastraban los cautivos; en dos ocasiones, el clamor guerrero de los Achaparrados resonó en los arcos del bosque, pero no se produjo ningún ataque.



Cuando oyó los disparos, Ironcastle, listo para el combate, hizo que adelantaran la ametralladora: las señales de Guthrie le tranquilizaron. En el intervalo que siguió, su inquietud volvió a incrementarse; estaba dispuesto a efectuar una salida cuando vio que la expedición aparecía al otro lado del claro.

La caravana avanzaba lentamente, retrasada por los cautivos.

—¿No ha habido pérdidas? —gritó Hareton cuando Philippe y Guthrie estaban más cerca.

—Ninguna... Sólo un negro tiene algo en el hombro.

Involuntariamente, Muriel se volvió hacia Maranges, su preferido por su carácter y su sensibilidad.

—¿Eran numerosos? —preguntó la joven.

Fue Guthrie quien respondió:

—Unos sesenta, y nos atacaron de frente... Diez se nos echaron encima desde las zarzas. Si ésa era toda la tribu, nuestra victoria es casi segura...

—No era toda la tribu —declaró Kouram.

—Tiene razón —dijo Philippe—. Había voces en retaguardia. Cuando fracasó el ataque, no aparecieron más tropas.

—¿Cuántos guerreros crees que tienen? —le preguntó Ironcastle al viejo negro.

—Por lo menos diez veces los dedos de la mano, y quizá otras cinco veces más... —respondió Kouram.

—Ciento cincuenta... Son incapaces de forzar el campamento.

—No lo intentarán —dijo Kouram—, ni atacarán en masa hasta habernos atraído a alguna trampa... Ahora conocen las armas que tenemos. Saben que las azagayas son inútiles contra los abrigos amarillos.

—¿Crees que renunciarán a acosarnos?

—Estarán a nuestro alrededor como la luz está sobre el bosque.

Ironcastle, pensativo, agachó la cabeza.

—No podemos preparar la marcha en un día —intervino Maranges, que temblaba por Muriel.

—Eso seguro —aprobó Hareton, cuya inquietud tenía el mismo objetivo—. Solamente necesitamos agua, tanto para nosotros como para los animales.

—¿Podrían volver a atacarnos en el camino al abrevadero? —preguntó Sydney.

—No, amo —replicó Kouram—. No atacarán ni hoy ni mañana... Esperarán nuestra partida... El ganado podrá pacer bajo la protección de los fusiles.

Los interlocutores sintieron el peso desconocido y formidable de los hombres y de las cosas. Entre ellos y sus patrias, los bosques, los desiertos, los océanos; y muy cerca, un enemigo extraño, hombre y bestia, que no había variado en cien siglos. Aquel enemigo, mal armado, insignificante y terrible, contaba con la fuerza del número, de la astucia, de la tenacidad. Pese a sus fusiles, su ametralladora, sus armaduras, los viajeros eran la presa.

—¿Cómo están los heridos? —preguntó Maranges.

Hareton señaló una tienda pequeña:

—Están allí..., el hombre ha recuperado el conocimiento, pero su debilidad es extrema. El gorila sigue sin sentido.

La atención recayó en los cautivos. Ninguno estaba herido de gravedad. Con sus caras compactas, pintarrajeadas de minio, sus ojos feroces, sus pechos henchidos, despertaban impresiones equívocas y ariscas.

—¡Los encuentro más feos que los gorilas! —dijo Guthrie—. ¡Hay en ellos parecido con las hienas y los rinocerontes!

—No es tanto su fealdad lo que más me llama la atención —dijo Hareton—, sino su expresión... Esa expresión es humana, pero en lo que la humanidad tiene de peor. Revela, en un grado extremo, esa tara que sólo se encuentra en los monos y en los hombres.

—¿Las panteras... los tigres? —preguntó Muriel.

—Esos animales son *ingenuamente* feroces —replicó Hareton—, no son malvados. Existe en la maldad algo que podría ser una trascendencia extraña a los peores carniceros. Esta trascendencia no alcanza su desarrollo más que entre nuestros semejantes. A juzgar por su fisonomía, estos Achaparrados estarían entre los peores seres humanos.

—¡Lo que es siempre una superioridad! —masculló Farnham.

Kouram, que había escuchado sin comprender, dijo con fuerza:

—¡No hay que conservar cautivos! ¡Son más peligrosos que las serpientes!... Harán señales a los otros Achaparrados. ¿Por qué no les cortamos la cabeza?

## IV

# La pitón y el facoquero

Durante tres días, los viajeros trabajaron para preparar su partida. Los negros capturaron un antílope, Ironcastle hizo algunos experimentos con las azagayas venenosas: una cauterización inmediata neutralizaba los efectos del veneno.

—¡Bien! —dijo Guthrie, que había presenciado los experimentos—. Ahora hay que probarlo con uno de los cautivos.

—¡No puedo hacerlo! —replicó su tío.

—¡Para mí es un deber! —replicó el sobrino—. Entre la vida de nuestros valientes amigos y la de uno de esos bandidos, ¿dudar es locura!

Provisto de una azagaya, se fue en busca de uno de los cautivos, a los que custodiaban dentro de una tienda de las más burdas. Era el más achaparrado de la pandilla: su anchura era casi la mitad de su altura. Los ojos redondos se fijaron en el gigante con una ferocidad supersticiosa. Tras dudarlo unos momentos, Sydney picó al Achaparrado en el hombro. El hombre se agarrotó; su rostro expresaba odio y desdén.

—Mira, tío Hareton... El pecado es sólo para mí. ¡Sé tú el buen samaritano!

Ironcastle cauterizó la herida a toda prisa. Pasada media hora, no se había producido ningún signo de envenenamiento.

—¡Vaya si funciona! —concluyó el coloso asiendo de nuevo al Achaparrado—. Ahora estamos seguros de que la cauterización puede salvar tanto a los hombres como a los animales.

Como había anticipado Kouram, no se produjo ningún nuevo ataque.

Aquella mañana, una expedición se dirigió al lago. Llevaron dos camellos cubiertos con una funda de tela fuerte, la tela que debía servir para reparar las tiendas. Los negros recogieron forraje, que se añadió a las hierbas y a los brotes que camellos, asnos y cabras pacían en el claro.

Los Achaparrados permanecieron invisibles; ningún indicio denunciaba su presencia.

—Es como si hubieran levantado el campamento —dijo Maranges al declinar el cuarto día.

Había escuchado largamente los rumores, los ruidos ligeros del ambiente, con un oído más fino que el de los chacales.

—¡No se marcharán si no se les obliga a hacerlo! —dijo Kouram—. Están por todo nuestro alrededor... ¡pero lo bastante lejos como para que no se les pueda ni escuchar ni olfatear!

Los cautivos apenas se resintieron de sus heridas, salvo el que fue utilizado el primer día. Con una actitud impasible y constantemente en alerta, ninguno contestaba a los gestos con los que Ironcastle o sus compañeros intentaban hacerse comprender.

Los rostros, tan inmutables como máscaras de piedra, no parecían menos estúpidos que los rostros de los hipopótamos o de los rinocerontes. Sin embargo, dos influencias se iban abriendo paso lentamente en sus almas oscuras. Ante el aspecto de Guthrie, sus ojos se dilataban fieramente; ante el de Muriel, aquellos mismos ojos reflejaban un brumoso misticismo.

—¡Por vosotros dos habrá que intentar domesticarlos! —decía Hareton.

Aquellas palabras no satisficieron a Maranges: en las bestiales pupilas, algo irritaba su simpatía.

Otro acontecimiento despertó el interés de los viajeros. El gorila había recuperado el conocimiento. Su debilidad era extrema; temblaba de fiebre. Cuando se dio cuenta de la presencia de los hombres, manifestó una débil emoción, lo más posible es que fuera miedo. Sus párpados vacilaban, intentó levantar el cráneo, pero, sintiéndose impotente, renunció. Como no se le hacía ningún mal y la repetición rige en la bestia más que en el hombre, se acostumbró a su entorno. Salvo algunas revueltas de aversión o de miedo, recibía con calma la visita de los exploradores. La de Ironcastle, que le curaba y le alimentaba, se hizo agradable para el animal.

—¡Es ciertamente menos indomable que esos bestias achaparrados! —decía el naturalista—. Lo domesticaremos.



La expedición se puso de nuevo en marcha.

Inmenso, el bosque no se revelaba inextricable. Los árboles, a menudo monstruosos, sobre todo los baobabs y las higueras, formaban macizos muy raramente. Las lianas tampoco eran muy abundantes, ni los arbustos espinosos, ni los matojos.

—Este bosque es confortable —observó Sydney, que marchaba en cabeza en compañía de Kouram y de Farnham—. ¡Me sorprende haber encontrado tan pocos humanos!

—¡No tan pocos! —replicó Farnham—. En la primera región, dimos al menos con tres clases de negros, lo que supone unos clanes bastante numerosos. Y nos persiguieron los Achaparrados, que no son despreciables.

—Son ellos los que impiden que otros hombres vivan más lejos —observó Kouram.

No había otra cosa que contrastes entre Farnham y Guthrie..., y eso que los dos hombres eran anglosajones, con toques de celta en el caso del estadounidense. Sir Georges tenía una vida interior tan poderosa como la de Ironcastle, mientras que la consciencia de Sydney se dispersaba en ráfagas. En los momentos de peligro, Farnham se replegaba sobre sí mismo, al punto de parecer indiferente o sumido en un sueño. Todas sus emociones parecían desvanecerse, ocultas en las brumas del inconsciente... No había un *plan premeditado* que no fuera la vigilancia de los sentidos y los cálculos de un pensamiento puramente objetivo.

Por el contrario, el peligro excitaba violentamente a Guthrie, y durante el combate, era dominado por algo que podía pasar por un vértigo alegre, muy apreciado por el joven y que no le impedía mantener el control de sus decisiones y sus movimientos.

En suma, Farnham tenía un valor grave y Guthrie un valor alegre.

Sus opiniones eran también muy diferentes, tanto como sus personalidades. Sydney, parecido a la tía Rebecca, mezclaba el espiritismo y el ocultismo con su fe, mientras que sir Georges se conformaba con los ritos de la Iglesia anglicana que aceptaba íntegramente. Uno y otro admiraban la diversidad de las sectas, siempre y cuando obedecieran las prescripciones fundamentales de los Evangelios.



Pasaron dos días sin más aventuras. En el bosque silencioso y hermético, apenas alguna cosa furtiva huía ante la caravana. Los mismos pájaros se callaban, salvo los psitácidos que, intermitentemente, elevaban sus voces estridentes.



Ninguna huella humana. Farnham y Guthrie creían que los Hombres Achaparrados se habían quedado atrás. Kouram mismo dudaba de su presencia.

Al tercer día de marcha, al mediodía, los árboles se hicieron más escasos y se encontraron en algo parecido a un *bosque-sabana*, en el que islotes boscosos se alternaban con extensiones de hierbas y playas desérticas.

El territorio se dividió en dos zonas muy distintas: hacia el Este, la sabana predominaba cada vez más; al Oeste, el bosque continuaba, entrecortado por los claros. Los exploradores se mantenían entre las lindes de las dos regiones a fin de asegurar las ventajas de la una y de la otra.

Un pantano, que se extendía más allá del límite del bosque, invadía la sabana delimitada por altos papiros, cuyas umbelas temblaban en la débil brisa que sin cesar nacía y moría. A su alrededor, una tierra de reptiles, húmeda, caótica y llena de grietas. Nenúfares gigantes extendían sus hojas en forma de cuencos, envueltas en algas y propicias a las bestias tenebrosas, mientras que aves de berilio, felpa y azufre huían al acercarse los hombres.

—Nos detendremos para almorzar y echar la siesta —propuso Hareton.

Mientras los negros instalaban la caravana bajo los baobabs, Muriel, sir Georges, Sydney y Philippe fueron a explorar las orillas palustres. Muriel se detuvo junto a una cala. Alrededor de las flores sagradas, inmensas mariposas de color fuego y amarillo fuerte y moscas escarlatas de colores verdigrís o turquesa bailaban sus suaves zarabandas; una rana larga como una rata saltó del agua entorpecida; la aparición de unas formas flácidas, la emergencia de una boca abierta, la huida a la desesperada de unos peces negros, dejaban entrever una vida monstruosa.

Una aparición fabulosa sacó a Muriel de su contemplación. Más que ninguno de los seres que habían encontrado en aquel bosque de las edades, la joven evocaba las fuerzas oscuras, el terrible caos del mundo. Una larva espesa y larga como el tronco de un árbol, cubierta de una corteza damasquinada, reptaba con una repugnante agilidad, guiada por una cabeza pequeña con ojos de cristal. Todo lo que hay de repulsivo en una lombriz, una babosa o un caracol se manifestaban allí de manera colosal... Se detuvo. No se podía decir si veía o no a la muchacha: sus ojos minerales no tenían mirada.

Un asco salvaje, un vértigo siniestro inmovilizó la carne de Muriel y el grito que ascendió a su laringe no pudo terminarse. Ante el poder de aquella bestia salida de las regiones inferiores y que parecía un prodigio inmundo, el terror era más profundo, la aversión más horrible que ante la ferocidad del tigre o del león.

La amenaza todavía estaba latente. En el instinto tenebroso de la pitón, la criatura vertical no tenía una forma familiar. Pero las temblorosas corvas de Muriel chocaron con una raíz; ella tropezó, cayó de rodillas y parecía más pequeña. Excitada por la caída, la pitón reptó violentamente, enroscó su enorme cuerpo alrededor del de la joven y el encantador ser era ahora la presa del reptil. De nuevo, quiso gritar; el horror aniquiló su voz, la cabeza de la pitón se alzó ante el rostro pálido y los hermosos ojos moribundos; los músculos del gusano gigante ahogaron su respiración e hicieron crujir sus vértebras. La mujer sentía que su consciencia vacilaba; la muerte la sobrevoló; su mente se sumió en las tinieblas...



Sir Georges y Philippe andaban conversando por la orilla del pantano. El agua, las hierbas, las zarzas y los matojos ocultaban la inconmensurable emoción de la vida.

—Este lugar es de una fecundidad aterradora —observó sir Georges—. Sobre todo los insectos...

—¡Los insectos son la abominación del mundo! —prosiguió Philippe—. Mire esas moscas... No hay ni un solo lugar del que no se hayan adueñado... Están ahí, listas para destruirlo todo y devorarlo todo. Sir Georges, pereceremos y los insectos...

Mientras lo decía, sir Georges, que pasaba por encima de un islote de papiros, lanzó un grito ronco y sus ojos se dilataron:

—*Fearful!* —exclamó.

En el acto, el mismo terror dominó a Philippe.

Sobre el promontorio, la pitón acababa de envolver a Muriel y apretaba su formidable vórtex... La cabeza reluciente caía sobre un hombro, una atracción horrible exhalaba de la gracia cautiva del monstruo.

Por instinto, Philippe empuñó la carabina, pero sir Georges gritaba:

—¡El revólver y el cuchillo!

Saltaron; como rayos, alcanzaron el promontorio... No se podía saber si la bestia se daba cuenta de su presencia. La criatura ondulaba, bullía, toda ella voracidad. Simultáneamente, sir Georges y Philippe acribillaron su cabeza a tiros de revólver, y luego empezaron a seccionar el cuerpo enorme... Los anillos se aflojaron y se desenroscaron. Philippe se había apoderado de la joven y la depositaba sobre la hierba... La muchacha se reanimaba, con una sonrisa azorada en su rostro de oréade:

—¡No le digan nada a mi padre!

—No se lo diremos —prometió sir Georges.

Muriel se puso en pie, con una pequeña sonrisa en la que la alegría de vivir se mezclaba todavía con el desasosiego y el asco.

—¡Era una muerte inmunda!... ¡Me han salvado la vida dos veces!

Ella apartó los ojos porque acababa de ver el extraño cadáver de la pitón.



Guthrie había seguido la orilla del pantano. Admiraba a su modo aquella aterradora creación que, desbordante, convertía el mineral en materia viva. El agua, hasta donde alcanzaba la vista, alimentaba las plantas palustres y dejaba entrever la animalidad fabulosa que hormigueaba en las profundidades:

—Si hubiera agua por todo el mundo —masculló Guthrie—, todo el planeta empezaría a vivir... y, lo que es más, bastaría sólo con el agua... ¡Qué condenado prodigio es el mar de los Sargazos..., creí que nuestro vapor no saldría nunca de allí!... ¡Qué mundo incomprensible el del cachalote y el zoofito, el del tiburón y el argonauta que habitan en los abismos!... Y en el abismo, a cinco mil, a diez mil metros, las bestias abisales... Cuán cierto es, como dice la Biblia, que si hubiera aguas superiores y aguas inferiores llenando la Inmensidad... toda la Inmensidad viviría. ¡Es algo magnífico y repulsivo!

Un gruñido cortó su soliloquio. Había llegado a una bahía fantasmagórica, llena de residuos lodosos, de carne vegetal y de tierra firme donde veinte rebaños hubieran encontrado refugio. A cien yardas se perfilaba un animal fantástico, un ser parecido a un jabalí erguido sobre sus patas, con una cabeza colosal, con la cara hinchada, llena de verrugas, una jeta opaca armada con defensas arqueadas, gruesas, cortantes y afiladas, una piel lampiña, con el pelo refugiado en el espinazo formando una larga crin.

—Por el viejo Nick, es un facoquero —pensó el joven—, y condenadamente hermoso para su género...

La bestia gruñó. De humor brutal y grosero, de mentalidad incoherente, feroz y valiente, no retrocedía ni ante el rinoceronte, el elefante o el león. Incluso acorralada, hubiera aceptado la batalla: en las tinieblas milenarias, ¡cuántas veces el león no sucumbió ante aquellas curvas defensas!... Pero, listo para

el combate, el facoquero no lo buscaba. Hacía falta buscar la hora de la locura, el salvaje y feroz encantamiento del amor, el miedo transformado en furor o la necesidad de abrirse paso...

Aquel animal gruñía porque recelaba el ataque. Entre los espesos mechones, los ojillos del bicho relucían, y se veían temblar sus verrugosas mejillas.

—Tenemos pocas provisiones —masculló Guthrie.

Dudaba, sin embargo, indulgente ante las bestias tan bien formadas. Aquella, macho en la plenitud de la edad, contaba con lo que podría formar mil terribles facoqueros... Y Guthrie, como Theodore Roosevelt, sabía lo que había que hacer, desde mucho tiempo atrás, con los animales de gran linaje, hermosos o monstruosos, muy veloces, muy fuertes y muy astutos. Mientras meditaba, un segundo facoquero salió del pantano, y, tras él, diez gorrinos, horribles y soberbios.

Todos gruñían, inquietos, huraños, y, repentinamente, echando a correr al galope, parecieron lanzarse sobre Guthrie. El hombre se arrojó hacia la izquierda, mientras la horda continuaba su carrera, pero el gran macho, que fue el primero en dejarse ver, avanzaba ciegamente. Guthrie no tuvo tiempo ni de desenfundar ni de apuntar; las largas defensas buscaban desgarrarle cuando, con un puñetazo, un *swing* formidable, golpeó a la bestia detrás de la oreja. Aquel golpe, modelo de solidez, hizo tambalearse al facoquero; el animal retrocedió carraspeando; sus ojos lanzaban llamaradas... Sydney se reía, una risa bárbara y alegre, orgulloso por haber hecho tambalearse a la poderosa bestia. Y gritaba:

—Hullo!... Time!... Come on!...

El facoquero reinició el ataque, el cual el yanqui evitó con un salto a la izquierda, y luego sus puños se abatieron como martillos sobre la nuca, en las costillas y el hocico... La bestia giraba, viraba, arremetía y soplabla. Los antagonistas se encontraron al borde de un foso y, repentinamente, sujetando al

facoquero por la pata y empujándole con el hombro, Sydney lo lanzó al cieno... El animal se debatió en el lodo, se incorporó y se precipitó hacia la otra orilla, mientras Sydney exclamaba, más glorioso que Hércules cuando venció al jabalí de Erimanto:

—¡Te concedo la gracia, monstruo de los pantanos!

## V

# La caverna de los leones

Las plantas de la región silvestre se multiplicaron; los árboles, más abundantes, con ramajes más tupidos, la maleza más frondosa, dificultaban la marcha. Tenían que conformarse con la sabana. Ingrata, contaba con una tierra roja, hierbas ralas, que alternaban con superficies rocosas; serpientes violáceas se deslizaban hacia las grietas, lagartos azules se calentaban sobre las rocas; de aquí y de allá, algún avestruz corría locamente por la soledad... Luego sólo quedaron rocas y líquenes, pálidos roedores de la piedra, a través de siglos y más siglos... Al fin, una cadena de colinas alzaba sus dientes y aristas.

Guthrie, montado sobre una cima, gritó entusiasmado. Perdido entre tres soledades milenarias —el bosque, la sabana y el desierto—, un lago extendía sus incansables olas.

El bosque, que llenaba el Oriente con sus naciones de árboles, estaba separado de la sabana por las rocas rojas y las arenas muertas, donde el mismo líquen agonizaba. Tras una extensión de maleza, la sabana se apropiaba del Occidente.

Mediante aquella conjunción de territorios, el lago veía surgir sobre sus orillas todas las extrañas bestias del desierto, las solapadas fieras de la pradera, los anfitriones sin número de los enramados: el avestruz y la jirafa, el facoquero barroco y el monstruoso rinoceronte, el hipopótamo y el jabalí, el león,

el leopardo y la pantera, el chacal, la hiena y el lobo, el antílope, la cebra, el dromedario, la *couagga*, el gorila, el mandril, la mona de collar y el babuino, el elefante y el búfalo; la pitón y el cocodrilo; las águilas y los buitres, las cigüeñas, los ibis, las grullas, los flamencos, las garcetas, los martines pescadores.

—Una soledad admirable... creada para todas las bestias del Arca —dijo Guthrie—. ¿Cuántos miles de años llevará viendo pasar la inmensa vida que los hombres habrán destruido o sometido antes de que termine el siglo xx?

—¿Cree usted que la destruirán? —preguntó Farnham—. Si Dios quiere. ¡Pero yo pienso que no querrá!

—¿Por qué? Desde hace trescientos años, ¿acaso no protege a la civilización? Y sobre todo a la civilización anglosajona. ¿No está escrito: «Llenad la Tierra y sometedla, y dominad los peces del mar, y las aves del cielo, y toda bestia que se mueve sobre la Tierra»?

—Pero no está escrito «¡Destruid!». Ahora bien, nosotros hemos destruido terriblemente, Sydney, sin misericordia y sin discernimiento. La obra de Dios pasa a encontrarse entre las frágiles manos del hombre... Nos basta, o eso parece, con hacer un gesto. Y lo haremos. Nos conducirá a nuestra pérdida..., mientras que la creación libre volverá a florecer. Mire, no puedo creer que todo haya podido ser preservado tanto tiempo, hasta Australia y sus marsupiales y ornitorrincos, para perecer bajo las armas de los seres humanos. Veo claramente el abismo que va a abrirse, veo las naciones disolverse en tribus, las tribus en aldeas, las aldeas en clanes... ¡La verdad es, Sydney, que la civilización va a morir y que la vida salvaje renacerá!

Guthrie soltó una enorme carcajada:

—¡Predigo —dijo— que las fábricas de Europa y América quemarán todas las sabanas y consumirán todos los bosques! Sin embargo, si fuera de otro modo, no soy de los que se perderán en llantos. ¡Aceptaré la venganza de las bestias!



—Yo la acepto —respondió místicamente Farnham—, porque tal será la voluntad del Señor.



Una banda de cebras, en su gracia salvaje, y barrocos ñius saltaron sobre un promontorio al tiempo que tres altas avestruces avanzaban sobre una playa estéril, por necesidad del espacio libre que es la inteligencia de su instinto. Aparecieron unos búfalos, algunos babuinos camuflados entre la maleza, un viejo rinoceronte cubierto con su coraza provista de grandes senos, pesado, indolente y formidable, con la plena seguridad que da una fuerza que temen los leones y el bravo elefante...

Luego, temerosas, veloces, dominando a todos los seres por su largo cuello y cabeza provista de finos cuernos, galopaban algunas jirafas...

—¡Enigma! —masculló sir Georges—. ¿Por qué esas formas extrañas..., por qué la fealdad del rinoceronte y la ridícula cabeza de las avestruces?

—¡Todos son hermosos en comparación con aquel! —dijo Guthrie, señalando a un informe hipopótamo—. ¿Cuál podrá ser el significado de esas mandíbulas monstruosas, de esos ojos repugnantes, de ese cuerpo de cerdo gigante?

—Podemos estar seguros de que todo esto tiene algún significado maravilloso, Sydney...

—Eso espero —dijo el coloso de manera despreocupada—. ¿Dónde estableceremos el campamento?

Mientras examinaban los alrededores, un espectáculo los hipnotizó. En las lindes del bosque acababan de surgir unos colosos.

Avanzaban graves, terribles y pacíficos. Sus patas parecían troncos de árboles, sus cuerpos rocas y sus pieles cortezas móviles. Sus trompas los prolongaban como pitones y sus defensas

parecían picos curvados... La tierra tembló. Los búfalos, los facoqueros, los antílopes y las cebras se apartaron ante la horda monstruosa; dos leones negros se volvieron a meter en la espesura; las jirafas, ansiosas, alzaron las cabezas.

—¿No le parece que los elefantes evocan insectos gigantes? —dijo Guthrie.

—Muy cierto —replicó sir Georges—. Los comparo con escarabajos peloteros o con ciervos volantes. ¡Debe haber hembras que pesen diez mil libras, Sydney!... Es un glorioso espectáculo...

El inmenso rebaño invadió el lago. El agua se desbordó; bramidos membranosos sacudieron la inmensidad, y las madres velaron por sus crías grandes como mulas y juguetonas como cachorros de perro.

—Si no existiera el hombre —dijo soñadoramente Farnham—, no habría nada tan poderoso en toda la tierra... y ese poder no sería maligno.

—¡No todo el mundo lo reconocería! Mire allí, en aquel promontorio, al solitario rinoceronte. ¡No retrocedería ante el poderoso señor trompado! Pero no nos olvidemos del campamento...

—Allí distingo, cerca del bosque pero en la sabana, una zona desnuda entre tres rocas, ni demasiado cerca ni demasiado lejos del lago —dijo sir Georges señalando con la mano derecha mientras que con la izquierda sujetaba el catalejo a la altura de los ojos—. Será fácil mantener allí un buen fuego.

Guthrie examinó el lugar y lo encontró adecuado.

—Sin embargo —dijo tras un momento de silencio—, también me parece apropiado aquel otro lugar... abierto en la espesura... que forma un semicírculo. Si le parece bien, uno de nosotros podría explorarlo y el otro podría ir hasta las Tres Rocas.

—¿No sería preferible que fuéramos juntos?

—Creo que cada uno de nosotros puede encontrar información suficiente para decidirnos. Desde aquí, los dos empla-

zamientos parecen valer. Si encontramos, a fin de cuentas, que todo es correcto en ambas posiciones... nos lo jugaremos a cara o cruz. Ganemos tiempo...

—No estoy muy seguro de lo que ganemos..., pero es probable que no perdamos nada. ¡Vamos! —concluyó Farnham—, aunque no me gusta la dispersión.

—¡Será menos de una hora!

—¡Bueno! ¿Cuál elige?

—Propongo las Tres Rocas.



Aunque andaba rápidamente, Guthrie, seguido de Kouram y de otro negro, tardó casi media hora en alcanzar las lindes del bosque. El lugar resultó más espacioso de lo que había previsto: lo juzgó confortable. Dos de las rocas estaban desnudas, con paredes rojas; la tercera, mucho más grande, estaba abollada y llena de grietas. Unos bananos crecían en una escotadura; se podía ver un agujero negro que era la boca de una caverna.

—Kouram —dijo el coloso—, examina el terreno desde aquí hasta la roca afilada, y tu camarada desde aquí hasta la roca redonda. Nos encontramos aquí mismo.

—¡Cuidado con la caverna, amo! —advirtió Kouram.

Guthrie respondió con un silbido y se dirigió a la roca erosionada.

Formaba un conjunto sorprendente y arquitectónico. Una torre desportillada, un tronco de pirámide, conatos de obeliscos, arcadas, óvolos, vagos frontones, agujas góticas, por doquier el infatigable trabajo de los líquenes, de las parietarias y de los meteoros...

Aquel lugar tan agreste podía convertirse en un rincón hospitalario. La caverna y los grandes huecos esbozaban refugios

que una remodelación convertiría en rincones inexpugnables para las fieras, o bien una fortaleza contra los hombres.

—Acamparemos aquí —pensó Guthrie.

Las palabras de Kouram volvieron a su mente: «¡Cuidado con la caverna!».

Guthrie mezclaba en dosis variables la temeridad y la previsión. También la reflexión, pero con más fogosidad que el mismo Ironcastle, que cedía repentinamente a las trampas, a los riesgos, a los azares, a los vértigos de la aventura.

En tales casos, la activación de su energía enorme le impedía luchar contra sí mismo y su experiencia deportiva le daba una excesiva confianza. En el boxeo, ningún aficionado se le resistía; hubiera aguantado al mismo Dempsey. Podía con un caballo y con su jinete. Su salto era casi el de un jaguar...



La caverna era más vasta de lo que había imaginado. Alas membranosas le rozaron la cara; un ave nocturna abrió sus ojos de fósforo en la penumbra; unas cuantas bestias reptantes se deslizaron... Tuvo que encender la linterna.

El yanqui vio un hormigueo de bestias subterráneo que la luz hizo huir por las fisuras. Una bóveda irregular estaba tapizada con quirópteros, algunos de los cuales se soltaron, atemorizados, lanzando pequeños gritos y empezaron a revolotear, sobresaltados, gracias a sus alas silenciosas.

Aparecieron algunas galerías inquietantes y, en el extremo de la caverna, dos fisuras dejaban transparentar una luz indecisa.

El viajero se adentró por una de las fisuras, que no tardó en estrecharse... Entonces, lanzando los dardos de luz de la linterna, Guthrie tuvo una emocionante visión. Al final de la fisura, en el tabique lateral, dos agujeros de bordes desgarrados, uno inclinado hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, dejando

entrever nuevas cavernas. Debían abrirse sobre la muralla occidental de la roca, que Guthrie todavía no había visto; una luz confusa penetraba por ella, donde los rayos eléctricos trazaban conos de color violáceo... En la caverna de la derecha, tres leones machos y dos hembras se levantaron, asustados por la luz repentina. Unas cuantas crías siguieron tumbadas en la penumbra. Aquellas familias de fieras, extrañamente asociadas, contaban con una poesía feroz. Los machos igualaban a los desaparecidos leones de los montes del Atlas y las hembras hacían pensar en tigresas rubias.

—¡Qué hermosa es la vida! —pensó el coloso.

De manera apasionada, se echó a reír. Aquellas bestias terribles estaban a su merced. Dos o tres disparos con el rifle de cazar elefantes y los reyes salvajes entrarían en la noche eterna. El alma antigua de los cazadores se alzó de nuevo. Guthrie se echó el fusil a la cara. Entonces, los escrúpulos y también la prudencia; luego, apartando el rostro, un largo estremecimiento.

Una segunda caverna acababa de aparecer, con unos habitantes aún más formidables. En ninguna de las vastas casas de fieras estadounidenses había visto Sydney leones comparables a los que se alzaban en la penumbra. Parecían llegados del fondo de la prehistoria, gigantes como los tigres de dientes de sable, los leones de las cavernas del Chelense...

Un trueno viviente resonó por el granito rojo. Todos los leones rugieron a la vez. Guthrie les escuchó, jadeando de entusiasmo... Una vez más, se echó el fusil a la cara... pero, sacudiendo la cabeza y cediendo a inexplicables sentimientos, se batió en retirada. «¡No será aquí donde establezcamos el campamento!», pensó.

Cuando volvió al aire libre, se dirigió con pasos vivos hacia Kouram y el otro negro, que avanzaban hacia las rocas, y les hizo gestos para que no siguieran. Esperaron al gigante, que se movía con prisa, pues sabía que los leones podían salir de sus

madrigueras de un momento a otro. Sus rugidos se iban extinguiendo. Bestias de aliento mediocre y de inteligencia perezosa, sin duda se hipnotizaban todavía ante la fisura de la que habían salido los rayos misteriosos.

Un rugido cruzó la inmensidad. Un león y una leona acababan de aparecer.

No se trataba de las inmensas fieras de la segunda caverna; sin embargo, su tamaño sorprendió a Kouram. La actitud de los animales era indolente. No había llegado aún la hora en que los soberanos de la fauna desplegaran sus terroríficas energías. Más que el tigre, el león surge de las tinieblas. Necesita, guerra o amor, la pálida luz estelar, el cristal negro de las noches.

Sin embargo, flanqueado por la leona, socarrón y casi reptando, el león avanzó. Sydney armó el fusil y se aseguró de que su *bowie* estaba en su funda. Tenía seis cartuchos en el revólver...

Un nuevo rugido atravesó la inmensidad: el león-coloso emergió de entre la sombra de las rocas.

—*Dam'it!* —masculló Guthrie—, estamos cara a cara con la muerte.

El primer león echó a correr. En seis saltos, franqueó la mitad de la distancia que le separaba del yanqui, pero el león-coloso permaneció inmóvil, en un sueño de fiera, todavía lleno de las sombras de la caverna.

No se podía pensar en huir. Sydney se enfrentó al animal, mientras Kouram y su compañero apuntaban sus rifles. Retumbaron tres detonaciones. La bala del fusil para cazar elefantes rozó el cráneo del león y fue a explotar doscientos pies más allá; las balas de los negros pasaron inofensivas a su lado.

Tres saltos enormes y la bestia atacó. El cuerpo rubio cayó como una roca. Cayó donde se encontraba el hombre, pero éste se había desplazado. Ante los dientes y las garras, plantó la hoja afilada del *bowie knife*. El fusil para cazar elefantes había

hablado por segunda vez, en vano, pues el impulso de la fiera y su propio impulso no le permitieron a Guthrie apuntar con precisión... Una de las dos vidas iba a entrar en las tinieblas eternas.

Los negros seguían apuntando, pero aquél era un gesto impotente, pues Guthrie estaba ante la fiera y ellos desconfiaban de su puntería.

Para espantar al león, Guthrie lanzó un alarido salvaje: el león replicó con un rugido. Luego, las energías entrecocaron. El león era como un bloque, con las garras hacia delante, el hocico, del que emergían caninos graníticos, abierto, pero el hombre contaba con su arma. Se curvó, proyectó el gran *bowie*, que penetró por completo en el pecho del animal y se removió en sus entrañas.

La bestia no cayó en el acto. Lanzó una de sus garras que entró en las costillas del yanqui; su enorme mandíbula intentó morderle en el cráneo... Sydney comprendió que el *bowie* no había alcanzado el corazón; golpeó con el puño izquierdo en el morro del león, cuyo hocico retrocedió... Entonces, retirando el arma, el hombre volvió a golpearle en el hombro...

Con alientos entrecortados, el coloso vertical y el coloso carnívoro lucharon ferozmente. Fue la bestia la que quedó abatida...

Una sombra flotó ante las pupilas de Guthrie. En el esfuerzo supremo, su cabeza golpeó contra una roca y casi se desvaneció; y la leona estaba apenas a tres saltos, seguida de cerca por un león negro... Sydney conoció el peligro y se agarró dispuesto a una lucha mortal: antes de que sus músculos pudieran reaccionar, las dos bestias le habrían desgarrado...

Sin embargo, allí mismo apareció sir Georges, al mismo tiempo que Philippe asomaba por la cima de la colina...

Los dos se echaron los fusiles a la cara, los dos apuntaron a la leona. Apenas retumbaron las dos detonaciones cuando la

bestia giró sobre sí misma y se fue al suelo, alcanzada dos veces en el cráneo... Y al caer, golpeó al león negro, que vio cómo se interrumpía su carrera al olisquear a la moribunda. Resonaron nuevas detonaciones y el león negro, al mismo tiempo, dejó de conocer la selva, la sabana y las noches embriagadoras.

Toda la caravana había acudido, los negros aullaban de alegría, y Guthrie se estaba incorporando gracias a sus propias fuerzas... Ya no había peligro. El león-coloso había desaparecido tras las rocas; un temor sin forma hizo retroceder a las otras bestias...

—No he estado lejos de saber lo que pasa al otro lado —masculló Guthrie, un poco pálido, lleno de una alegría que no disimulaba, estrechando las manos de sir Georges y de Philippe—. ¡No debe haber muchos *riflemen* como ustedes dos, ni siquiera en El Cabo!

—¡No! —dijo Hareton, que había acudido con Muriel—. Pero está claro que no hay que dispersarse.

—¡El amo tiene razón! —añadió Kouram—. Y no hay que olvidar a los Achaparrados... Kouram ha descubierto huellas. ¡Kouram no se sorprendería si nos tendiesen una trampa!



## VI

# La persecución latente

La vida reparaba ingeniosamente las fibras oscuras del gorila y las cavernas de carne donde la muerte había trabajado entre los escombros. Bajo las duras bóvedas, en el fondo de las pálidas órbitas, los ojos volvían a escrutar el universo. Una desconfianza amarga persistía en el alma de la bestia. Se sabía cautivo de criaturas equívocas y casi iguales a él. A veces su frente se arrugaba de un modo extraño; flotaban imágenes que recreaban los sitios abolidos y las siluetas de sus compañeras... Cuando se acercaban los hombres, se le erizaba el pelo; el instinto alzaba los brazos contra el peligro mortal en que puede convertirse toda criatura.

Pero había alguien a quien recibía con dulzura. Cuando Hareton aparecía, el hombre de los bosques alzaba su pesada cabeza con las pupilas brillantes. Observaba con paciencia aquel rostro pálido, aquellos cabellos claros, aquellas manos que habían aliviado su sufrimiento y que le alimentaban. Pese a sus inquietudes y desconfianzas, la costumbre soberana, la saludable repetición, origen de toda seguridad, poco a poco fue envolviendo los gestos de Ironcastle.

El gorila tuvo fe. Cada gesto del hombre resultaba tranquilizador. La bestia supo que, en el vasto mundo, había alguien de quien cada día podía esperar alimento, fuente de vida. Por-

que, al renacer, aquellas impresiones fueron cada vez más profundas y casi meditadas. Se produjo un vago intercambio entre las diferentes mentalidades.

La presencia de Ironcastle no tardó en representar alegría. Cuando el hombre aparecía, la bestia, tranquilizada, soportaba la presencia de los otros. Pero cuando Hareton se alejaba, una defensa salvaje gruñía en su ancho pecho.



Los Achaparrados no se mostraron tan sociables. Una hostilidad indomable brillaba en el fondo de sus pupilas. Sus morros opacos, o bien permanecían extrañamente agarrotados, o bien expresaban en un abrir y cerrar de ojos una aversión homicida. Aceptaban los cuidados y los alimentos sin el menor atisbo de gratitud. Su desconfianza se manifestaba con los largos preliminares que precedían sus comidas. La olisqueaban, tocaban de manera intermitente los alimentos. Muriel, sólo ella, parecía no despertar su rencor. La miraban incansablemente y, de manera ocasional, algo indecible agitaba sus labios pesados...

Se los veía continuamente al acecho. Sus ojos captaban todas las imágenes; su oído absorbía los menores rumores de las cosas.

Tras la aventura de los leones, su vigilancia parecía más intensa. Kouram dijo una mañana:

—Su tribu está cerca... *Les habla.*

—¿Has oído voces? —preguntó Ironcastle.

—No, amo... No son voces..., son signos en la hierba, en la tierra, en las hojas y en el agua.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, amo, porque la hierba está cortada a intervalos o bien trenzada, porque hay surcos en la tierra, porque las hojas

se muestran arrancadas como no lo hacen las bestias... porque hay una flota de ramitas cruzadas sobre el agua... ¡Lo sé, amo!

—¿No sabes lo que significa?

—¡No, amo!... No conozco sus señales..., ¡pero no pueden pensar en otra cosa que en causarnos mal! Y los que tomamos como prisioneros son peligrosos para nosotros. Hay que matarlos o torturarlos

—¿Por qué torturarlos?

—Para que revelen sus secretos...

Ironcastle y sus compañeros escuchaban con estupor.

—¿Pero qué pueden hacer? —preguntó Guthrie.

—Pueden ayudarles a tender trampas...

—Bastaría con vigilarles y encadenarles.

—No lo sé, amo. Incluso encadenados, sabrán ayudar a su tribu.

—Si se les torturase, ¿hablarían?

—Quizá..., ¡uno de ellos por lo menos será menos valiente que los demás! ¿Por qué no intentarlo? —preguntó ingenuamente Kouram—. Luego los matamos.

Los blancos no contestaron, conocedores de la incompatibilidad de sus mentalidades con la del negro.

—Hay que escuchar a Kouram —dijo pensativo Ironcastle cuando su guía se hubo retirado—. En su género, es un hombre muy inteligente.

—¡Escucharle, sin duda! —murmuró Guthrie—. Pero ¿qué más podemos hacer? Su consejo, en el fondo, es muy sabio. Habría que torturarlos y luego matarlos.

—¡No lo harías, Guthrie! —exclamó Muriel, horrorizada.

—No, no lo haría, pero sería legítimo hacerlo..., aunque sólo fuera por ti, Muriel. Esos hombres son una chusma infernal, dispuestos a cometer todos los atropellos..., una colección de criminales, y puedes estar segura de que no dudarían en asarnos y devorarnos...

—Palabras inútiles. No les mataremos, y menos aún les torturaremos —intervino Ironcastle—. Además, nada podrían revelarnos..., pues no les entendemos.

—A lo mejor Kouram sí les entiende.

—No. Sólo puede adivinar. Eso no basta.

—Tiene razón —dijo Philippe—. ¡No nos rebajaremos! Sin embargo, ¿qué hacemos con ellos? Su presencia es un peligro.

—Tu pregunta es una respuesta —observó sir Georges—. ¿Los liberamos?

—¡No! Todavía no... ¿Es imposible, uniendo la astucia de los negros con la astucia de los blancos, desbaratar sus trampas?

Ironcastle levantó las cejas y luego miró fijamente a Philippe.

—Si la tierra, la hierba, las hojas y el agua hablan, ¿no podríamos distorsionar sus señales?

—Estaba pensándolo —dijo Ironcastle—. Lo más seguro es que pudiera hacerse. Además, es una precaución elemental vendar los ojos de los cautivos durante la marcha o, mejor aún, envolverles la cabeza. Por la noche, les metemos en una tienda.

—También habría que amordazarlos —añadió Guthrie—. Y taparles las orejas...

—¡Serán muy desgraciados! —suspiró Muriel.

—No por mucho tiempo. Kouram pretende que no salgan del bosque. Nunca se les ha visto avanzar por la llanura más de un día de marcha. ¡Bien! ¡Este bosque no tiene límites!

—Llamemos a Kouram —dijo sir Georges.



Kouram escuchó hablar a los blancos en silencio.

—¡Está bien! —respondió—, Kouram vigilará; los compañeros también... Pero la astucia de los Achaparrados es inagotable. Siempre habrá que temer una fuga. Esto es lo que acabo de encontrar.

Mostró unas hojas de higuera atadas con briznas de hierba; las puntas de varias hojas estaban levantadas; otras hojas habían sido taladradas simétricamente.

—Uno de los cautivos dejó caer esta señal cerca de un arbusto... Y eso quiere decir ciertamente más de una cosa. ¿Por qué no matarlos? —suspiró, levantando las manos hacia el rostro.

La vigilancia se volvió más minuciosa y más severa. Todo el día tenían tapadas las caras de los cautivos; por la noche, se plantaba un vigilante ante su tienda; y cuando se les permitía dar algunos pasos por el campamento, llevaban las piernas atadas. Pese a todo, era un incesante tema de inquietud.

A través de su impasibilidad, Ironcastle, Philippe y Muriel empezaron a discernir la astucia de sus ojos y los ligeros movimientos de su boca o párpados con los que demostraban sus odios y sus esperanzas. Cuando no pudieron espiar durante el día, su rabia fue manifiesta. Una amenaza solapada emanaba de su actitud; el menos paciente profirió unas palabras que se adivinaban injuriosas...

Luego, parecieron resignarse. En el campamento, a la luz de las hogueras, soñaban de manera misteriosa, tan inmóviles como cadáveres.

—¡Bien! —exclamó una noche Philippe dirigiéndose a Kouram—: ¿*Hablan* siempre a los suyos?

—¡Siempre! —respondió gravemente Kouram—. Escuchan y responden.

—Pero ¿cómo?

—Escuchan mediante la voz de los chacales, de los cuervos, de las hienas, de los leopardos... Y contestan por la tierra.

—¿No borraís sus señales?

—Las borramos, amo. No siempre, porque no siempre sabemos... ¡Los Achaparrados son más astutos que nosotros!



Aquella noche resultó más encantadora gracias a una brisa que soplabla desde la tierra hacia el lago. Las hogueras elevaban sus llamas escarlatas; se escuchaba el rugido de la vida en las profundidades del bosque; Philippe observaba la figura de la Cruz del Sur que se repetía temblando en las aguas... Durante un instante, Muriel se mantuvo a su lado. Envuelta en la luz roja mezclada con la penumbra azul, la joven era una aparición casi fluida en la vida profunda del desierto. Él la respiraba con una suavidad que a intervalos se convertía en algo angustioso; la mujer despertaba en él todo lo que hay de misterioso en el corazón de los hombres. Pronto la situación se convirtió en algo tan emocionante que Philippe sintió que era algo que nunca olvidaría.

—Nada es menos parecido a esta noche que una noche de Turena... —dijo— y, sin embargo, esta noche me hace pensar en una noche en Turena, una noche a las orillas del Loira, cerca del castillo de Chambord, y tan tranquilizadora como ésta es terrible.

—¿Por qué terrible? —quiso saber Muriel.

—Aquí todas las noches son terribles. La naturaleza no ha perdido ninguno de sus negros prodigios.

—¡Es verdad! —susurró la joven con un estremecimiento, pues ella volvió a verse entre los anillos de la pitón—. Pero no creo que nos arrepintamos de estas noches.

—¡Profundamente! La vida nos ha sido revelada de nuevo... ¡y con qué fuerza!

—Hemos visto el Comienzo del que habla el Libro.

Philippe inclinó la cabeza sabiendo que no era necesario pronunciar una sola palabra que contrariase a Muriel de la creencia que había recibido de una larga generación de mujeres y de hombres místicos. Ella vivía, como Hareton, dos existencias aisladas: en una estaba su fe, a la que su razón nunca toca-

ba; en la otra se cumplía un destino terrestre, donde ella pensaba libremente y según las circunstancias.

—Luego —añadió el hombre con cierta angustia—, ¡usted ha resplandecido sobre nosotros con la vida de su belleza. ¡No podría haber una dulzura más profunda! Con usted, Muriel, hemos dejado atrás el mundo donde dominan los hombres..., con usted, nuestras tiendas son mansiones..., nuestras hogueras son un hogar..., usted es la misma imagen de lo que la humanidad ha hecho más encantador y consolador... ¡nuestra mejor esperanza y nuestra más tierna inquietud!

Ella le escuchaba, llena de curiosidad, finamente emocionada y sabiendo que era amada. Pero aunque aquello debiera haber turbado su corazón, la joven ignoraba si prefería a Philippe de entre todos los hombres y fue reservada en sus palabras:

—¡No hay que exagerar! —dijo—. No tengo tanta importancia..., y soy más frecuentemente una carga que un consuelo.

—No exagero, Muriel. Aunque no fuera usted tan brillante, ya sería una gracia incomparable verla sentada con nosotros, ¡tan lejos de la patria blanca!

—¡Pues bien! —murmuró la joven—. Ya se ha hablado mucho de mí en una sola tarde. Mire mejor cómo tiemblan gentilmente las estrellas en las aguas rizadas del lago.

Ella cantó a media voz:

*Twinkle, twinkle little star,  
O I wonder what you are!*

—Me veo otra vez como si fuera una niña —dijo—, ante un lago de mi patria... también de noche... mientras una voz cantaba esta pequeña e inocente canción.

Se interrumpió, volvió la cabeza y los dos pudieron ver una forma achaparrada que se arrastraba, cruzaba la zona de las hogueras y se precipitaba en el lago.

—¡Uno de los prisioneros! —exclamó Philippe.

Kouram, dos negros y sir Georges ya iban a la carrera. Se quedaron con los ojos fijos en la llanura de las aguas; unas formas oscuras evolucionaban en ella, reptiles, batracios, peces, pero ninguna forma humana resultaba visible.

—¡Las canoas! —ordenó Hareton.

Se trataba de unas canoas desmontables que fueron dispuestas en un momento. Dos equipos protegidos con las vestimentas-armaduras surcaron el lago. Pero todas las pesquisas fueron en vano: el Achaparrado había triunfado en su fuga o se había ahogado. Ignoraban como se había salvado, porque se había llevado sus ataduras y se había librado por completo de la vigilancia de los dos guardianes que custodiaban la tienda y a los cautivos.

—Ya lo ve usted, amo —dijo Kouram cuando volvieron las canoas...

—¡Lo que veo —respondió melancólicamente Ironcastle— es que tenías razón! Ese Achaparrado ha sido más listo que nosotros.

—No solamente él, amo. Ha sido la tribu la que lo ha liberado.

—¿La tribu? —exclamó Guthrie, burlón.

—La tribu, amo. Ella le dio el arma con que cortar las cuerdas... y quizá el agua que quema.

—¿Qué es eso del agua que quema? —preguntó Hareton con ansiedad.

—Es un agua que sale de la tierra, amo... Quema las hierbas, la madera, la lana y la piel... Si los Achaparrados la vertieron en alguna grieta de una piedra, el fugitivo pudo llegar a utilizarla...

—¡Vamos a verlo!

El suelo de la tienda no mantenía rastros de ninguna sustancia corrosiva.



—¡A Kouram le gustan las leyendas! —gruñó Guthrie.

—¡No! —dijo sir Georges—. Aquí tenemos un fragmento de cuerda, evidentemente quemado.

Les mostró un fragmento de apenas medio centímetro de largo, uno de cuyos extremos estaba calcinado.

Ironcastle frunció el ceño:

—¡Importante! Kouram no exagera en lo más mínimo.

—¿Qué es lo que demuestra que la cuerda fue quemada por un producto corrosivo? —dijo Sydney—. El cautivo pudo aprovechar un tizón perdido.

—¡No! —afirmó sir Georges, que seguía examinando el fragmento de cuerda—. Esta quemadura no es de llama.

—Entonces, ¿por qué han tardado tanto tiempo en emplear ese maldito líquido?

—¡Porque el agua que quema no se encuentra fácilmente, amo! —dijo Kouram, que le había entendido—. Uno puede andar semanas y semanas... ¡incluso meses sin encontrarla!

—¡Nos equivocamos al no traer perros! —dijo Philippe.

—Antes de la partida debimos hacerlos venir desde las Antillas o Veracruz..., pero no tuvimos tiempo —dijo Hareton.

—¡Entrenemos a algunos chacales! —dijo Guthrie, mitad en serio, mitad en broma...

—¡Preferiría confiar en el gorila! —exclamó Ironcastle—. Detesta especialmente a los Achaparrados.

—Tiene usted razón, amo —intervino Kouram—. ¡El-hombre-que-no-habla es enemigo de los Hombres Achaparrados!

—¿Crees que se podría adiestrar?

—Sólo usted puede, amo... ¡sólo usted!...

Hareton se esforzó para adiestrar al antropoide. Durante los primeros días, nada parecía capaz de penetrar en su cráneo de granito. Cuando se ponía al gorila en presencia de los Achaparrados cautivos, una agitación extraordinaria hacía palpar a la bestia, y sus ojos, más redondos, fluorescentes, pintados

de verde, expresaban una furia amenazadora y un temor misterioso.

Tras algunos días, se produjo en la mentalidad del bruto una especie de explosión parecida a las eclosiones repentinas de algunas flores tropicales. La inteligencia brillaba a sobresaltos. Luego, la bestia pareció comprender que debía vigilar a los prisioneros.

Se sentaba en cuclillas ante su tienda, olisqueaba sus odiosas emanaciones, espiaba el recinto. Una noche, mientras Hareton contemplaba el fuego, Kouram apareció ante él:

—Amo, el Hombre-sin-Palabra ha sentido la llegada de los Achaparrados. Están cerca del campamento.

—¿Todo el mundo está en su puesto?

—Sí, amo... Además, no es un ataque lo que hay que temer.

—¿Qué, entonces?

—No lo sé. Hay que vigilar los alimentos, los cautivos y la tierra...

—¿La tierra? ¿Por qué?

—Los Achaparrados conocen cavernas excavadas por sus antepasados...

Hareton comprendió lo que el negro quería decir y, pensativo, se dirigió junto al antropoide. El animal estaba muy agitado; escuchaba y olisqueaba; los pelos que le cubrían la coronilla del cráneo se erizaban de manera intermitente.

—¿Y bien, Sylvius?

Hareton pasó suavemente la mano por el hombro de la bestia. Sylvius replicó con un movimiento indeciso, un bosquejo de caricia, y dejó escapar un grito sordo.

—¡Ve, Sylvius!

La bestia se dirigió hacia el extremo oeste del campamento. Allí, su agitación se volvió frenética y, acuclillándose, empezó a excavar en el suelo.

—¡Lo ve, amo! —dijo Kouram, que había acudido a su lado—. Los Achaparrados están bajo tierra.

—Entonces, ¿el campamento está situado encima de una caverna?

—Sí, amo.

Hareton se quedó pensativo durante un largo momento. Kouram se había tumbado y pegaba la oreja contra el suelo.

—¡Ahí están! —exclamó.

El gruñido de Sylvius pareció dar veracidad a aquellas palabras.

Un grito de terror atravesó la noche, un grito de mujer que hizo temblar a Hareton.

—¡Es Muriel! —exclamó.

Saltó hacia la tienda de la joven. El negro que la guardaba yacía en el suelo, inmóvil... Hareton levantó la guarda de tela que cerraba la tienda y lanzó a su interior la luz de su linterna.

No vio a Muriel.